

# El uso táctico de las armas de fuego en las guerras civiles peruanas (1538-1547)

ANTONIO ESPINO LÓPEZ

*Universidad Autónoma de Barcelona*

Antonio.Espino@uab.cat

---

## RESUMEN

*Las nuevas tácticas militares desarrolladas en combate en Europa a raíz de la introducción de las armas de fuego portátiles en la infantería también se experimentaron en el Perú en el transcurso de las guerras civiles entre los conquistadores. En el presente artículo, postulo que Francisco de Carvajal, maestro de campo de Gonzalo Pizarro, se adelantó en varios decenios a las tácticas empleadas en Europa a la hora de sostener la cadencia de fuego en batalla. Así, en la batalla de Huarina (1547), Carvajal consiguió desarrollar su propio método para asegurar un nutrido fuego de su infantería, el que dependía, más que del número de hombres, del entrenamiento de los mismos y de la cantidad de armas que cada uno portaba en batalla.*

*Palabras clave: Francisco de Carvajal, guerras civiles, armas de fuego, tácticas militares, siglo XVI*

## ABSTRACT

*During the civil wars between the conquistadores, Peru was a field of experimentation for the new military tactics developed in Europe following the introduction of portable infantry firearms. This article suggests that, however,*

*the techniques introduced by Francisco de Carvajal, Gonzalo Pizarro's field master, predated those used in Europe by several decades, especially regarding the rate of fire in combat. In the battle of Huarina (1547), Carvajal used his own method to ensure his infantry's ability to deliver heavy fire. The technique relied on adequate training and on the number of weapons each soldier carried in battle, rather than on the number of men.*

**Key Words:** *Francisco de Carvajal, Civil Wars, Firearms, Military tactics, Sixteenth century*

**H**ubo un escenario, lejos de Europa, donde los habitantes del Viejo Mundo del siglo XVI se enfrentaron utilizando las tácticas y las formaciones que habían llevado consigo merced a su experiencia militar: el Perú, específicamente en los terribles años de las guerras civiles (1537-1554). En el presente trabajo, vamos a estudiar la táctica basada en el uso de armas de fuego en aquellos enfrentamientos, culminando con la batalla de Huarina en 1547, el ejemplo más preclaro de victoria conseguida gracias a un uso genial de la arcabucería, en dicho caso por parte del maestre de campo del ejército de Gonzalo Pizarro, Francisco de Carvajal (1464-1548). Este último, conocido como «el demonio de los Andes», era un veterano de las campañas italianas, especialmente de la batalla de Pavía, además de la de Rávena (1512) y el saco de Roma de 1527.

#### **CAMBIOS TÁCTICOS EN LAS GUERRAS EUROPEAS**

Con el precedente del mayor número de infantes —piqueros y arqueros— en los ejércitos europeos de la Baja Edad Media (situación que terminó con la supremacía de la caballería pesada en el combate), desde mediados del siglo XVI —y de un modo progresivo— el auténtico rey de la batalla fue el infante dotado de arma de fuego portátil —los arcabuceros y mosqueteros—, capaz de atravesar una armadura metálica con sus balas y protegido de las cargas de la caballería por piqueros y, poco

más tarde, por una incipiente artillería de campaña. Pero hasta que se generalizase dicha realidad —si con el duque de Alba, en 1571, había dos tiradores por cada cinco picas, en el ejército de Flandes, en 1601, ya eran tres los tiradores por cada piquero—<sup>1</sup> hubo de pasar un cierto tiempo. Mientras que en grandes batallas como Fornovo (1495) o San Quintín (1557) la potencia de fuego no parece que fuera decisiva para la victoria, en encuentros como Marignano (1515), La Bicocca (1522)<sup>2</sup> o Pavia (1525) sí fue muy importante, aunque quizá no tuviese una trascendencia definitiva.<sup>3</sup> En esta última batalla, los arcabuceros del ejército imperial, la mayor parte de ellos procedentes de la Península, no solo derrotaron a la caballería francesa, sino también a sus homólogos del bando galo. En el primer caso, el capitán Quesada, merced al

<sup>1</sup> Entre los tercios embarcados para la empresa de Inglaterra (1588), uno de 2850 plazas llevaba 1400 arcabuceros, 840 mosqueteros y solo 610 piqueros. En la campaña de 1596 en Flandes, un tercio de 1316 hombres estaba constituido por 660 arcabuceros, 238 mosqueteros y 418 coseletes. Los ejemplos se citan en Albi de la Cuesta, Julio. «Los tercios de la infantería española». En VV. AA. *Aproximación a la historia militar de España*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2006, t. I, pp. 208-209. Como observamos, se trata de una mayor potencia de fuego que la defendida por el duque de Rohan en su conocida obra *Le parfait capitaine*, donde sugería la formación de regimientos de 1440 hombres: seiscientos piqueros, seiscientos mosqueteros y 240 infantes con adarga. Ver *Le parfait capitaine, autrement Labrégé des guerres de Gaule des Commentaires de César, avec quelques remarques sur icelles, suivy d'un recueil de l'ordre de guerre des anciens, ensemble d'un traicté particulier de la guerre. Revue par l'auteur, et augmenté d'un traicté, De l'interest des princes et estats de la chrestienté*. París: A. Courbé, 1636, 2 vols. Otras ediciones aparecieron en 1638, 1642, 1648 y 1658.

<sup>2</sup> En esta batalla, tres mil infantes suizos cayeron bajo los disparos de la parapetada infantería hispana. Al respecto, ver Black, Jeremy. *European Warfare, 1494-1660*. Londres/Nueva York: Routledge, 2002, pp. 75-76; y Keegan, John. *A History of Warfare*. Nueva York: Vintage Books, 1994, p. 331.

<sup>3</sup> Parker, Geoffrey. *Historia de la guerra*. Madrid: Akal, 2010, pp. 159-160. Frank Tallett señala que en tales cuestiones, «the decade around 1520 was probably crucial». Con respecto a las batallas señaladas, sostiene que «pikemen proved vulnerable to gunfire, and thereafter no army could do without arquebusiers, both to protect its own pikemen and to threaten the enemy's» (*War and Society in Early Modern Europe, 1495-1715*. Londres/Nueva York: Routledge, 1992, p. 24). Jeremy Black indica que «however much advantage in Pavia and other battles is attributed to firepower, as armies developed tactics that did not pitch vulnerable forces against shot, so the edge gained simply by using it diminished» (*European Warfare*, p. 78).

entrenamiento y disciplina de los hombres, consiguió —sin la ayuda de los oficiales— que los arcabuceros abandonasen en orden sus escuadrones y formasen uno nuevo. «Con aquéllos fue a donde la gente de armas valerosamente peleaba, con cuya llegada perdieron los franceses los caballos y las vidas, porque en llegando comenzaron a tirar a los escuadrones de los enemigos, que aún no andaban bien mezclados». En el enfrentamiento entre infanterías, los arcabuceros imperiales llevaban tres o cuatro mechas encendidas, y «en las bocas cuatro o cinco pelotas, por cargar más presto», ardidés que solo la experiencia podía enseñar.<sup>4</sup> Permanecieron en sus puestos, listos para disparar, pero arrodillados, esperando el ataque de los contrarios. Estos adelantaron filas unos diez pasos y soltaron su descarga, «pero como aún no éramos levantados, y ellos no tiran a puntería, sino con la mano tienen la escopeta y con la otra ponen fuego atada la mecha a un palillo, no mataron ni aún hirieron a ninguno; y en tirando volvieron a meterse en su escuadrón para tornar a cargar». Era el momento oportuno; entonces, la arcabucería imperial lanzó una descarga con tal acierto que la vanguardia de coseletes del contrario cayó a la primera rociada: «y tal coselete se halló con cinco arcabuzazos, otros con dos, y otros con tres y con cuatro, señal que todos llegaron juntos: de suerte que en el tiempo que tengo dicho cayeron más de 5000 hombres, porque hubo arcabucero que tiró diez tiros, y otros ocho, y los que menos a siete». Es muy factible que, tras ser capturado, el rey de Francia, Francisco I, dijese más tarde «que no le habían roto sino arcabuceros españoles, que doquiera que llegaba los había hallado».<sup>5</sup> Los errores tácticos de los galos, notables en esta batalla, pesaron mucho, pero también el acierto de la arcabucería imperial. Como señala William H. McNeill, «el fracaso francés en Italia puede ser atribuido en gran medida a una excesiva confianza en los piqueros suizos, la caballería pesada y sus

<sup>4</sup> Como recuerda Tallett, «the rate of misfire with an arquebus might be as high as 50 per cent; even with a flintlock it was on shot in five». Además, el arcabuz debía de ser preciso más allá de los sesenta metros (*War and Society*, pp. 22-23).

<sup>5</sup> «Relación sacada de la que escribió fray Juan de Oznayo», cit. en Díaz-Plaja, Fernando. *Historia de España en sus documentos. Siglo XVI*. Madrid: Cátedra, 1988, pp. 173-184 (ver especialmente las pp. 178-179).

famosos cañones de asedio. Los españoles se mostraron más dispuestos que los franceses a experimentar con la mosquetería como complemento de las formaciones de piqueros». Además, los peninsulares usaron con ventaja las fortificaciones de campaña para proteger a sus infantes de la caballería enemiga (lo que era común desde la época del gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba).<sup>6</sup>

El único lastre del mosquetero (y antes que él, del arcabucero) era su poca cadencia de fuego: se demoraba entre dos y cinco minutos para efectuar un disparo, lo que lo dejaba vulnerable ante la caballería. Según Geoffrey Parker, en 1594 se encontró la solución a este problema.<sup>7</sup> En una carta de Guillermo Luis, conde de Nassau, a su primo Mauricio, hijo de Guillermo de Orange, aquel explicó la manera de asegurar una descarga continua de mosquetería: se debía colocar a los hombres en varias filas, las cuales dispararían por turnos; algunas cargarían las armas mientras otras mantendrían el fuego. Se trataba de copiar una vieja táctica romana a la hora de arrojar jabalinas (leída en un clásico militar, la *Táctica* de Eliano,<sup>8</sup> por Nassau). Con ello se revolucionó la disposición de los soldados en combate: de la formación cerrada de mosqueteros flanqueados por piqueros, se pasó a largas filas de varios hombres de fondo para reducir el blanco presentado al fuego enemigo, al tiempo que se maximizaba el efecto de los disparos. La batalla en la que se oficializó de alguna manera dicha circunstancia se libró en Alemania y fue ganada por el monarca sueco Gustavo II Adolfo. En Breitenfeld (1631), un ejército imperial (católico) de 21.400 infantes, diez mil efectivos de caballería y 27 cañones de campaña, que formó en cuadros de treinta hombres

<sup>6</sup> McNeill, William H. *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d.C.* Madrid: Siglo XXI, 1988, p. 101.

<sup>7</sup> Como señala agudamente Albi de la Cuesta, en la famosa obra de Bernardino de Mendoza, *Teoría y práctica de la guerra* (Bruselas, 1595), este autor defendía un uso más complejo de las armas de fuego en combate mediante descargas: «las primeras hileras pongan las rodillas en tierra para disparar, descubriendo con esto blanco a los que quedan atrás» («Los tercios de la infantería española», p. 200).

<sup>8</sup> Dicho texto de Eliano tuvo una gran fortuna editorial en la Europa de aquellos años. Conocemos una quincena de ediciones entre la romana de 1487, impresa por E. Silber, y una edición de 1631 de su traducción al inglés.

de frente por cincuenta de fondo, se enfrentó a un ejército sueco, con aliados protestantes alemanes, de 28 mil infantes y trece mil soldados de caballería, además de 51 cañones pesados y cuatro de campaña para cada regimiento de soldados suecos (lo que hacía un probable total de ochenta cañones). Aunque la batalla duró siete horas, para la segunda los aliados alemanes de los suecos se habían retirado, por lo que solo lucharon estos contra los imperiales. La mayor potencia de fuego sueca, tanto de los cañones como de sus mosqueteros, que llegaron a disparar en solo tres líneas de fondo (la primera línea, de rodillas; la segunda, agazapados los hombres; y la tercera, de pie), causó la muerte de ocho mil soldados imperiales, mientras que otros nueve mil fueron hechos prisioneros. Fue una derrota aplastante.<sup>9</sup> Ahora bien, en las siguientes páginas analizaremos la influencia de los cambios tácticos mencionados en las guerras civiles del Perú en el periodo 1538-1547.

#### **ARMAMENTO EUROPEO Y GUERRAS EN LAS INDIAS**

Mucho se ha escrito sobre las armas europeas y la conquista de América.<sup>10</sup> A priori, parece obvio que para hacer la guerra, los europeos —en este caso, los castellanos— estaban mejor preparados tecnológicamente que los mesoamericanos o los incas, y se encontraban a una distancia abismal del resto de los amerindios. Pero las guerras civiles fueron un conflicto entre europeos, aunque se librasen en América. Sin duda, los cronistas cuidaron mucho, en sus descripciones y análisis de las batallas desarrolladas en el Perú, resaltar el papel que jugaron las diversas armas.

Igual como ocurriese en el caso del imperio mexica, también en los primeros compases de la conquista del Perú procuró Francisco Pizarro disimular la muerte de algún caballo, aunque bien pronto pudieron colegir sus hombres que los indios temían tanto a los equinos como «el cortar de las espadas». Por lo anterior, algunos de los 170 compañeros

<sup>9</sup> Parker, *Historia de la guerra*, pp. 164-165; y Tallett, *War and Society*, p. 27.

<sup>10</sup> Sobre las armas, sigue siendo insuperable el texto de Salas, Alberto M. *Las armas de la conquista de América*. Segunda edición. Buenos Aires: Plus Ultra, 1986. Aquí encontraremos, sin embargo, más descripción que análisis.

que seguían a Pizarro comenzaron a murmurar al iniciar la ascensión a la sierra «porque con tan poca gente se iba a meter en manos de los enemigos; que mejor hubiera sido aguardar en los llanos, que no andar por cierras, donde los caballos valen poco».<sup>11</sup> En cualquier caso, tratar al equino como «el tanque de la conquista» —a la manera de John Hemming— es excesivo.<sup>12</sup> Ahora bien, y como veremos, en el contexto de las guerras civiles solamente la caballería concedió la movilidad suficiente a los ejércitos de europeos que se enfrentaron en tierras peruanas. Su uso fue fundamental (en el fondo, lo seguía siendo en las guerras del Viejo Mundo, aunque con un carácter táctico distinto del de la caballería pesada medieval).

Tampoco podemos subestimar el concurso de los perros de presa<sup>13</sup> —mastines y alanos (especialmente útiles descubriendo emboscadas en las selvas)— en el transcurso de la conquista. Pocas descripciones tan vívidas como las que siguen de fray Bernardino de Sahagún y Pedro Mártir de Anglería son capaces de transmitir el significado de la utilización de los perros de presa. El primero señaló que «ponían grand miedo [en los indios] los lebreles que traían consigo, que eran grandes. Traían las bocas abiertas, las lenguas sacadas, y iban carleando. Ansí ponían gran temor en todos los que los v[e]ían». Por su parte, Mártir de Anglería aseguraba que «se sirven los nuestros de los perros en la guerra contra aquellas gentes desnudas, a las cuales se tiran con rabia, cual si fuesen fieros jabalíes o fugitivos ciervos [...]; de suerte que los perros guardaban en la pelea

<sup>11</sup> Cieza de León, Pedro. *Obras completas*. Edición de Carmelo Sáenz de Santamaría. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1984, vol. III, pp. 269-272.

<sup>12</sup> Hemming, John. *La conquista de los incas*. Segunda edición. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 130.

<sup>13</sup> Sobre los perros en la conquista, consultar Vaner, John Grier y Jeannette Johnson Vaner. *Dogs of the Conquest*. Norman: University of Oklahoma, 1983. Para estos autores, que dichos animales «functioned in the conquest as a lethal weapon of war has surprised and even shocked many, but this was one of the uses to which, over the centuries, Europeans bred and cultivated dogs. They developed certain blood strains with breed names to signify the tasks for which the dogs were most useful, and they established a strain of pureblooded dogs that fanciers tried to keep untainted» (p. XIV).

la primera línea, y jamás rehusaban pelear». <sup>14</sup> En una real cédula del 7 de octubre de 1541, dirigida a Francisco Pizarro y a Cristóbal Vaca de Castro, se demandaba que, ante las noticias recibidas sobre cómo «los españoles tienen perros carnyceros cebados en los yndios e que de tal manera están los dichos perros encarnyçados, que yendo por la calle o por el campo o por otras partes los dichos perros denodadamente arremeten con los dichos yndios y los maltratan e yeren [...], [los perros] se matasen porque al presente no avía neçesidad dellos». <sup>15</sup> Pero ¿en un conflicto entre ejércitos europeos, entre caballeros con armadura completa, se necesitaba usar de los perros? ¿No era esta un arma solo apropiada para los enfrentamientos contra combatientes a todas luces inferiores?

En cuanto a la tecnología armamentística europea, <sup>16</sup> la cuestión de las armas de fuego —las portátiles y la artillería— invita a la reflexión. Los arcabuces utilizados siempre lo fueron en muy reducido número en los primeros compases de la conquista. Y en cuanto a la artillería, habría que insistir acerca del tipo que se usaba: había muchos más falconetes (que lanzaban proyectiles de hierro de dos a cuatro libras de peso), versos (de una a tres libras) o medias culebrinas (de siete a catorce libras) —es decir, piezas ligeras— que piezas pesadas de la gama de los cañones de batir (que disparaban proyectiles de 40 a 50 libras de peso), los cañones (de 28 a 35 libras) o medios cañones (de 15 a 27 libras). Además, había dificultades para proveerse de pólvora. Como sostenemos en este trabajo, el uso masivo de armas de fuego portátiles en las batallas de las guerras

<sup>14</sup> Sahagún, Bernardino de. *Historia general de las cosas de Nueva España*. Madrid: Alianza Editorial, 1995, t. II, p. 830; y Mártir de Anglería, Pedro. *Décadas del Nuevo Mundo*. Madrid: Polifemo, 1989, p. 165.

<sup>15</sup> Cit. en Barnadas, Josep María. *Charcas, 1535-1565. Orígenes históricos de una sociedad colonial*. La Paz: Centro de Investigación y Promoción del Campesinado, 1973, p. 323, nota 403.

<sup>16</sup> En los últimos años, Víctor D. Hanson ha intentado revitalizar «el papel esencial de la tecnología y la superioridad militar occidentales» —en este caso, de los castellanos— en la conquista de México, pero lo hace de una forma muy poco convincente y sin aportar, de hecho, ningún argumento nuevo a la discusión. Ver Hanson, Víctor D. *Matanza y cultura. Batallas decisivas en el auge de la civilización occidental*. Madrid: Turner/Fondo de Cultura Económica, 2004, pp. 251-260.

civiles, sobre todo conforme fueron evolucionando los acontecimientos, marca una diferencia notable con respecto a las operaciones militares llevadas a cabo en las luchas contra los aborígenes.

Por su parte, las ballestas tampoco pueden ser olvidadas, ya que carecían de las limitaciones de las armas de fuego, muy escasas al principio de la conquista, dependientes del estado y de la cantidad de pólvora que se tuviera, y de ejecución lenta (un disparo cada dos a cinco minutos). Las ballestas, en cambio, tenían un gran poder de penetración y eran más fáciles de usar. Así, mientras en Europa las famosas compañías de ballesteros medievales fueron sustituidas por los arcabuceros, en las Indias, durante los primeros decenios de la presencia española, la ballesta fue un artefacto muy útil que solo en la década de 1570 en adelante parece ser suplido casi totalmente por el arma de fuego.<sup>17</sup> Ahora bien, una cuestión que debería ser más trabajada en el futuro es su, al parecer, escasa utilización en las batallas de las guerras civiles peruanas. ¿Se trata de un descuido de los cronistas? ¿Era realmente un artillero muy poco empleado en aquellos conflictos? ¿O el impacto del uso del arma de fuego portátil fue tan notable que el empleo de la ballesta se erradicó antes en el Perú que en otros lugares?

Por último, cabría insistir en que actualmente sabemos que, en realidad, el más importante y decisivo instrumento de la conquista fueron los propios aborígenes,<sup>18</sup> además de la voluntad hispana de dominar nuevos territorios, y no tanto la superioridad tecnológica de los europeos.<sup>19</sup>

<sup>17</sup> Weckmann, Luis. *La herencia medieval de México*. México D.F.: El Colegio de México, 1984, t. I, pp. 122-123 y 129-131.

<sup>18</sup> Dicha idea, en realidad, ya había sido puesta de manifiesto por Servando T. de Mier, quien señaló que «los soldados para la conquista han sido indios con jefes europeos». Cit. en Pereña, Luciano. *Genocidio en América*. Madrid: Mapfre, 1992, p. 321. En libros prestigiosos, todavía se dicen cosas como las siguientes: «Con unos pocos centenares de hombres, Hernán Cortés atacó a los aztecas en 1519 y Francisco Pizarro sometió a los incas en 1531-1533» (Burbank, Jane y Frederick Cooper. *Imperios. Una nueva visión de la historia universal*. Barcelona: Crítica, 2011, p. 176).

<sup>19</sup> Como dice Hugh Bicheno, «a lo largo de la historia, la importancia de la tecnología en la guerra siempre ha tenido un papel secundario frente a la intensidad variable del deseo de dominar de los diferentes grupos sociales. Donde hay voluntad, hay un arma» (*La batalla de Lepanto*. Barcelona: Ariel, 2005, p. 65). Contrástese dicha idea con la

Otra cuestión es la visión del indígena que tenía la mayor parte de los cronistas coetáneos, además de la elaborada por los propios combatientes del Viejo Mundo (a veces las mismas personas). Muy difícil es hallar al indio aliado —el «amigo», como también se le llamaba—, guerrero en definitiva, en pie de igualdad con el europeo en las páginas de las crónicas o en las obras del propio padre Bartolomé de las Casas.<sup>20</sup> Y ello ocurre con especial evidencia en quienes escribieron sobre las guerras civiles del Perú.

### **SOLDADOS EN EUROPA, CONQUISTADORES EN AMÉRICA**

Durante la conquista de las Indias, fue común calificar automáticamente a los hombres como expertos militares en virtud a su experiencia bélica en Europa, y en especial, en las guerras de Italia. Un ejemplo de lo anterior fue Diego García de Palacio, alcalde mayor y oidor de la Audiencia de Ciudad de México, quien, en sus *Diálogos militares* (1583), planteó el dilema de si en América había posibilidades de aprender algo en cuanto al arte de la guerra. Bosquejada su obra como un diálogo entre un vizcaíno, que pregunta, y un montañés (cántabro), que responde, el primero se refería a «la poca theórica de las cosas de la guerra que hasta ahora se ha practicado en la parte de las Indias», si se comparaba con Italia, por ejemplo. El montañés, optimista, replicaba que muchos de los que conquistaron las Indias ya habían cultivado el oficio en Italia antes «y aprendieron la manera de pelear que en particular allí es necesario: con la qual suplieron y aventajaron la que llevaba o sabida [...], porque

postura —errada a nuestro entender— de Víctor Hanson: «La conquista de México es uno de los pocos acontecimientos de la historia en que la tecnología [...] se bastó por sí misma para anular el peso de variables como el genio y las hazañas individuales» (*Matanza y cultura*, p. 251).

<sup>20</sup> Aunque Las Casas llegó a escribir que los españoles, cuando iban a hacer la guerra, llevaban «de los ya sojuzgados indios cuantos podían que hiciesen guerra a los otros», lo cierto es que tales referencias no abundan en sus escritos. Se trata de una excelente e inteligente puntualización de Assadourian, Carlos S. «La gran vejación y destrucción de la tierra. Las guerras de sucesión y de conquista en el derrumbe de la población indígena del Perú». En Assadourian, Carlos S. *Transiciones hacia el sistema colonial andino*. México D.F./Lima: El Colegio de México/Instituto de Estudios Peruanos, 1994, p. 34, nota 19.

en las Indias ya se sabe todo lo necesario al arte militar».<sup>21</sup> Al inicio de su campaña mexicana, cuando Hernán Cortés realizó un alarde de sus tropas en la isla de Cozumel, Bernal Díaz del Castillo destacó el cuidado con el que se manipulaban las armas, y en especial la artillería, significativamente al mando de Francisco de Orozco, «que había sido soldado en Italia».<sup>22</sup> Posteriormente, en la huida de México-Tenochtitlán (la famosa «Noche triste» del 30 de junio de 1520), Díaz del Castillo comenta la dureza del combate contra los mexica, contrastándola con las guerras en Europa:

E no sé yo para qué lo escribo ansí tan tibiamente, porque unos tres o cuatro soldados que se habían hallado en Italia, que allí estaban con nosotros, juraron muchas veces a Dios que guerras tan bravosas jamás habían visto en algunas que se habían hallado entre cristianos contra la artillería del rey de Francia, ni del gran turco; ni tanta gente como aquellos indios, que con tanto ánimo cerrar los escuadrones vieron.<sup>23</sup>

Otros conquistadores, como Francisco Sebastián, soldado de la desdichada expedición de Hernando de Soto a la Florida (1538-1543) —donde moriría ahogado— y veterano de las guerras de Italia —según las fuentes citadas por Garcilaso de la Vega, historiador de aquella campaña—, aseguraban las bondades de luchar en Italia en comparación con hacerlo en aquellas tierras de salvajes. Refiriéndose al país transalpino, decía Sebastián:

Si acertava a matar algún enemigo turco, moro o francés, no faltava qué despojarle, armas, vestidos o cavallos, que siempre me valían algo más; mas aquí he de pelear con un desnudo que anda salando diez o doze pasos delante de mí, flechándome como a fiera sin que le pueda alcanzar;

<sup>21</sup> García de Palacio, Diego. *Diálogos militares de la formación e información de personas, instrumentos y cosas necesarias para el buen uso de la guerra*. Ciudad de México: Pedro Ocharte, 1583, f. 8r-v.

<sup>22</sup> Una lista de soldados veteranos de las guerras europeas puede encontrarse en Castrillo, Francisco. *El soldado de la conquista*. Madrid: Mapfre, 1992, pp. 204-206.

<sup>23</sup> Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*. Madrid: Atlas, 1947, pp. 129-132.

y ya que mi buena dicha me ayude y le alcance y mate, no hallo qué quitarle sino un arco y plumage, como si fueran de provecho.<sup>24</sup>

E incluso hubo quien ensalzó las cualidades militares de los indios, aunque solo fuese por resaltar la victoria final de Hernán Cortes. El licenciado Jerónimo Ramírez, utilizando ejemplos de la Antigüedad clásica —los tebanos, en principio poco dados a los asuntos marciales, terminaron siendo unos expertos en la guerra debido a la presión de sus contrarios—, consideraba que si bien era verdad que los indios, antes del descubrimiento,

eran guerreros y belicosos, porque unas provincias con otras traían entre sí muy sangrientas guerras, poco después que pasaron a las Indias los españoles y comenzaron a entrar en campo con ellos, salieron tan esforzados y valientes, y tan ingeniosos en ardidés de milicia, que se podían comparar con los más prácticos soldados de Italia, porque los indios ni en fuerzas, ni en buena proporción y firmeza de cuerpo, ni en valor, ni en ánimo ni entendimiento, ni en discurso de razón dan la ventaja a ninguna nación del mundo.<sup>25</sup>

No obstante, el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo se burlaba bastante de la preeminencia adquirida por los veteranos de Italia. Pensaba que, entre las cualidades del soldado, debía estar presente el ser sencillo, recatado y no presumido. No faltaba el que alardeaba de haber participado en alguna de las grandes batallas en suelo italiano: «Si os diçe que se halló en la de Rávena, no curéis dél si es español, pues que quedó vivo y no fue preso; e si estuvo en la de Pavía, tampoco; o en el saco de Génova o de Roma, mucho menos, pues no quedó rico, y si lo fue, lo jugó o ha perdido: no fiéis dél». Además, la realidad americana era muy diferente de las «comodidades» que los soldados encontraban en Italia. Por otro lado, la esperanza de hallar un botín hacía a todos los hombres leales y fieles, situación que podía cambiar rápidamente en caso

<sup>24</sup> De la Vega Inca, Garcilaso. *La Florida*. Edición de Carmen de Mota. Madrid: Alianza Editorial, 1988, pp. 435-436 y 444.

<sup>25</sup> Ramírez, Jerónimo. «Apología en defensa del ingenio y fortaleza de los indios de la Nueva España, conquistados por don Fernando Cortés, marqués del Valle». En Lobo Lasso de la Vega, Gabriel (ed.). *Mexicana*. Madrid: Atlas, 1970, pp. 201-202.

de no hallarlo; en ese momento, entonces, se debían valorar las virtudes morales del soldado.<sup>26</sup>

Aunque no todos los cronistas estarían de acuerdo, lo cierto es que se tomaba en cuenta la experiencia militar adquirida en Europa, en Italia especialmente, a la hora de formar los escuadrones. El Inca Garcilaso de la Vega relata que —ya iniciadas las guerras civiles del Perú—, habiéndose puesto las tropas de Cristóbal Vaca de Castro en orden de batalla, Diego de Almagro (hijo) hizo lo propio con las suyas, dispuesto para el combate, pero delegó la dirección de la batalla a su sargento mayor, Pedro Suárez, «que había sido soldado plático en Italia y sabía bien de milicia; reconociendo la ventaja que en el sitio tenía a sus contrarios, formó luego su escuadrón»<sup>27</sup>. La batalla de Chupas (1542) fue una derrota almagrista porque las órdenes de Suárez —sin olvidar la posible traición del jefe artillero Pedro de Candía— no se cumplieron.

En 1539, Pedro de Valdivia, que había militado en Flandes y como alférez en Italia (1522-1525) y había llegado a las Indias en 1535, trasladándose al Perú doce meses después, solicitó a Francisco Pizarro la venia para intentar la conquista de Chile. Años más tarde, en 1547, regresaría al Perú tras el desastre de Huarina para poner orden en las huestes reales, lideradas por entonces por Pedro de la Gasca. En su crónica, Antonio de Herrera cuenta que Francisco de Carvajal atribuyó su derrota en la batalla de Jaquijaguana (1548) —que, además, acabaría con la aventura rebelde de Gonzalo Pizarro— a la presencia en el ejército de La Gasca de Pedro de Valdivia, «porque aunque había en el Perú muchos y muy experimentados capitanes, era en la guerra de aquella tierra, pero [en] la de Europa no había más [que Valdivia]».<sup>28</sup> Carvajal, ciertamente, reconocía la pericia de un igual.

<sup>26</sup> Véase Gerbi, Antonello. *La naturaleza de las Indias Nuevas*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 382-383.

<sup>27</sup> De la Vega Inca, Garcilaso. *Historia general del Perú*. Córdoba: Viuda de Andrés Barrera, 1617, pp. 100-101.

<sup>28</sup> Herrera, Antonio de. *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano*. Madrid: Juan de la Cuesta, 1615, pp. 93-95 y 109-117.

Con el bagaje atesorado no solo en las guerras de Italia, sino también en las batallas y encuentros habidos en las Indias, Francisco de Carvajal se adelantó en varios decenios a las tácticas empleadas en Europa a la hora de sostener la cadencia de fuego en combate. La batalla de Huarina (1547) sería su obra maestra.

#### **LA MILITARIZACIÓN DEL PERÚ Y LAS BATALLAS DE LAS GUERRAS CIVILES**

Las batallas de las guerras civiles en el Perú han tenido una fortuna historiográfica menor si las comparamos, por ejemplo, con las libradas por el gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba en Italia a finales del siglo XV e inicios del XVI.<sup>29</sup> No es para menos, teniendo en cuenta que se mataron entre sí compatriotas. Y además, ferozmente. Como señalaba un informante de Fernández de Oviedo,

en todas las revueltas e diferencias de los gobernadores que ha habido en aquella tierra, lo peor parece es el poco conocimiento que tienen los unos e los otros de lo que han hecho, habiéndose habido con aquella tierra como si la heredaran de sus antepasados, e unos contra otros peor que moros e cristianos, e como si no toviesen a quién dar cuenta de lo que hacían.<sup>30</sup>

Analicemos ahora, con algún detalle, los encuentros bélicos producidos entre 1538 y 1547, esto es, entre la batalla de las Salinas y la de Huarina. En primer lugar, cabe resaltar el número de combatientes y su armamento, siempre teniendo presentes los lugares y las fechas de los acontecimientos. En el caso del primero de los encuentros producidos, la batalla de las Salinas (6 de abril de 1538), el cabildo del Cuzco informó a Carlos I en enero de 1543 sobre ambas fuerzas contendientes: unos quinientos almAGRISTAS (doscientos a caballo, 180 arcabuceros y 120 piqueros) se enfrentaron a unos 750 hombres de las tropas reales,

<sup>29</sup> Quatregafes, René. *La revolución militar moderna. El crisol español*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1996.

<sup>30</sup> Fernández de Oviedo, Gonzalo. *Historia natural y general de las Indias*. Edición de Juan Pérez de Tudela. Madrid: Atlas, 1959, p. 208.

es decir, pizarristas (330 efectivos de caballería, 160 arcabuceros y 260 piqueros).<sup>31</sup> Todos los cronistas están de acuerdo en fijar el ejército de Hernando Pizarro entre los 650 hombres y los ochocientos efectivos, aunque el número de arcabuceros en el mismo varía de los ochenta (según Pedro Pizarro) a los ciento sesenta. Además, las fuerzas almagristas no estaban en buena disposición militar, toda vez que desde su entrada en el Cuzco, Diego de Almagro había ordenado que se hiciesen «los más días alarde y ordenanzas para que la gente se hiciese diestra» (de acuerdo con el cronista Fernández de Oviedo). Conociendo su inferioridad numérica, el principal oficial de Almagro, el capitán Rodrigo Orgóñez —soldado en Italia y alférez durante el saco de Roma, según Antonio de Herrera—, así como otros, aconsejaron a Almagro no presentar batalla y concentrarse en la defensa del Cuzco, pero no se les escuchó («Y aún fuera lo mejor, porque el Orgóñez era un veterano e valiente soldado, e hombre de experiencia», asegura Fernández de Oviedo).<sup>32</sup> Es decir, desde un primer momento hubo una cierta voluntad por dirimir las diferencias entre ambos bandos merced a la fortuna de las armas en un enfrentamiento campal.

En el caso de la batalla de Chupas, librada en la tarde del sábado 16 de septiembre de 1542, las tropas del rey, según el gobernador interino Vaca de Castro, alcanzaron los 630 efectivos —210 de caballería, 160 arcabuceros y 260 piqueros—, aunque el número de arcabuceros es elevado a 170 por Antonio de Herrera y a poco menos de trescientos, según Pedro Pizarro, pero con armas de baja calidad.<sup>33</sup> El bando almagrista alcanzó los 550 soldados y estuvo dirigido por el sargento mayor Pedro Suárez, que había luchado en Italia. Según Vaca de Castro, los soldados almagristas se dividían en «dozientos e veinte de a cavallo, en que avía quarenta hombres de armas tan bien adereçados como podían salir de Milán, e çiento e ochenta arcabuceros, e los demás piqueros».

<sup>31</sup> Barnadas, *Charcas*, p. 86, nota 42.

<sup>32</sup> Fernández de Oviedo, *Historia natural*, p. 194; y García, Albert. *La découverte et la conquête du Pérou d'après les sources originales*. París: Klincksieck, 1975, pp. 572-573.

<sup>33</sup> Carta de Vaca de Castro a Carlos I, Cuzco, 24 de noviembre de 1542. En VV. AA. *Cartas de Indias*. Madrid: Atlas, 1974, vol. II, pp. 473-483.

Es esta una cifra más reducida que la consignada por otras fuentes,<sup>34</sup> y quizá por ello más real, dado que la proporcionaba el vencedor en la batalla, además de existir la tendencia en todas estas centurias de magnificar el número de tropas del contrario para justificar tanto la derrota del bando propio como para resaltar una victoria del mismo.

En la batalla de Añaquito, ocurrida el 18 de enero de 1546, las fuerzas comandadas por el virrey Blasco Núñez Vela fueron sensiblemente más reducidas que las de Gonzalo Pizarro: mientras el primero desplegaba a las afueras de Quito un escuadrón con poco más de trescientos efectivos, el ejército de Gonzalo Pizarro doblaba dicho número: doscientos arcabuceros, 350 piqueros y 150 efectivos de caballería, según el Inca Garcilaso. Pedro Cieza de León habla de 150 arcabuceros, 330 infantes y 130 lanceros; en total, 610 hombres. Juan Calvete de Estrella se decanta por 140 efectivos de caballería, doscientos arcabuceros y el resto, piqueros, hasta alcanzar los setecientos hombres. Alonso de Montemayor, la fuente citada por Fernández de Oviedo, señaló un ejército de doscientos arcabuceros, doscientos de caballería y trescientos piqueros, los que hacían un total de setecientos hombres. Pedro Gutiérrez de Santa Clara considera que las fuerzas de Pizarro estuvieron compuestas por 220 arcabuceros, 180 piqueros y 360 de a caballo, además de otros cuarenta efectivos de caballería que eran su guarda. El total era de ochocientos hombres, la cifra más alta que se consigna en las fuentes.<sup>35</sup>

<sup>34</sup> Cuando Almagro el Mozo se aprestó para la batalla, portaba consigo setecientos hombres, divididos en 250 de caballería, doscientos arcabuceros (250, según Pedro Pizarro) y 250 piqueros, de acuerdo con los datos del Inca Garcilaso y de Cieza de León. Ver Inca Garcilaso, *Historia general*, pp. 91-100; Cieza de León, *Obras completas*, vol. II, pp. 200-255; y Pizarro, Pedro. *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*. En *Crónicas del Perú*. Madrid: Atlas, 1964, pp. 22-225.

<sup>35</sup> Cieza de León, *Obras completas*, vol. III, pp. 495-501; Inca Garcilaso, *Historia general*, pp. 147-150; Gutiérrez de Santa Clara, Pedro. *Quinquenarios o Historia de las guerras civiles del Perú*. En *Crónicas del Perú*. Madrid: Atlas, 1963-1964, vol. II, pp. 252-268; Calvete de Estrella, Juan C. *Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de don Pedro Gasca*. En *Crónicas del Perú*. Madrid, Atlas, 1964-1965, vol. IV, pp. 278-281; y Fernández de Oviedo, *Historia natural*, pp. 276-279.

Por otro lado, tanto antes como después de las batallas mencionadas, no eran solo los hombres que hemos indicado los únicos en armas en todo el territorio. Por ejemplo, desde el comienzo de la rebelión de Gonzalo Pizarro, en 1544, el aumento de tropas fue notorio. Cuando este entró en Lima el 28 de octubre de ese año, lo hizo acompañado por un fuerte contingente: además de 22 piezas de artillería de campo y sus municiones (veinte piezas, apuntan el Inca Garcilaso y Agustín de Zárate; 22 «tiros gruesos» según una relación anónima, la cual añade que «no había otros en el reino»),<sup>36</sup> que eran transportadas por seis mil indios, con cincuenta artilleros y una guarda de treinta —o cincuenta— arcabuceros para los mismos (quienes iban disparando sus armas), les seguirían no menos de 750 efectivos de caballería, 250 arcabuceros y doscientos piqueros. También llegaron con Pizarro seis mil indios de guerra, equipados con sus armas tradicionales.<sup>37</sup>

Mientras Gonzalo Pizarro perseguía al virrey Núñez Vela para forzar a este a dar una batalla campal entre marzo de 1545 y enero de 1546 (cuando se produjo la batalla de Añaquito), en el Cuzco, Arequipa y Charcas nuevos contendientes reclutaban también tropas. Cuando el antiguo pizarrista Diego Centeno se levantaba en armas a favor de la Corona y lograba movilizar entre 170 y 250 hombres, aunque con una escasa potencia de fuego, pues apenas si disponía de veinte arcabuceros (según Cieza de León), el hombre de Gonzalo Pizarro en el Cuzco, Alonso de Toro, consiguió levantar una fuerza de trescientos hombres medianamente armados (Cieza de León señala doscientos), compuestos por 120 arcabuceros, cien piqueros y ochenta de a caballo, forzando a los vecinos

<sup>36</sup> *Relación anónima de lo sucedido en el Perú después de la llegada del virrey Blasco Núñez Vela*. En *Crónicas del Perú*. Madrid: Atlas, 1963, p. 116.

<sup>37</sup> Cieza de León, *Obras completas*, vol. III, pp. 373 y ss.; Inca Garcilaso, *Historia general*, pp. 128-147; Fernández, Diego. *Historia del Perú*. Madrid: Atlas, 1963, vol. I, pp. 44-83; Gutiérrez de Santa Clara, *Quinquenarios*, vol. II, pp. 250-287, y vol. III, pp. 1-16 y 73-96; Zárate, Agustín de. *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*. En *Historiadores primitivos de Indias*. Madrid: Atlas, 1947, vol. II, pp. 527-532; Fernández de Oviedo, *Historia natural*, pp. 254-276; y Vega, Juan José. *Historia general del ejército peruano. El ejército durante la dominación española del Perú*. Lima: Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú, 1981, vol. II, pp. 134-145.

a seguirle y a los impedidos a ceder sus caballos. Posteriormente, para acabar con el problema estratégico que significaba Centeno —tener que luchar en dos frentes—, Gonzalo Pizarro se decidió por enviar al Cuzco a su maestro de campo, Francisco de Carvajal, quien hasta el encuentro de Huarina se las vio con Centeno, a quien consiguió controlar. En el transcurso de 1546, Carvajal dispuso de entre doscientos y trescientos hombres, pues dejó guarniciones en el Cuzco y Arequipa, además de Lima: los cronistas mencionan un contingente de 230 hombres, de los cuales 120 eran arcabuceros muy diestros y bien armados (para Antonio de Herrera, eran 220, de los cuales cincuenta eran piqueros, otros tanto de caballería y el resto, arcabuceros; según Diego Fernández, tenía trescientos hombres en total).<sup>38</sup>

Consecuentemente, en el Perú de las guerras civiles hubo una auténtica fiebre armamentística. Cuando Almagro el Mozo entró en el Cuzco al comienzo de su aventura, en 1541, comenzó por fabricar buena pólvora, cañones —entre tres y seis piezas; tres falconetes, señala Pedro Pizarro— y arcabuces —unos doscientos, según el mismo cronista—. Para todo lo anterior, contó con el apoyo de Pedro de Candía, maestro fundidor, a quien hizo capitán de su artillería. Asimismo, Almagro ordenó confeccionar aderezos para la gente de caballería (se habían aparejado armas en el Cuzco para 35 de ellos), coseletes y morriones de plata y cobre. No había otro metal. Vaca de Castro, por su parte, mandó fabricar picas en Jauja para proveer el ejército. No obstante, sería con el comienzo de la rebelión de Gonzalo Pizarro que la fabricación de armas alcanzó cotas nunca antes vistas. En 1544, el virrey Núñez Vela ordenó fabricar en Lima, a toda prisa, picas y arcabuces —ochenta de tres y cuatro palmos se fundieron con el metal de dos campanas, pero apenas aguantaban tres o cuatro disparos, asegura el cronista Gutiérrez

<sup>38</sup> Cieza de León, *Obras completas*, vol. III, pp. 520-532 y 546-549; Inca Garcilaso, *Historia general*, pp. 147-158; Herrera, *Historia general*, pp. 15-20 y 30-34; Fernández, *Historia del Perú*, vol. I, pp. 93-97 y 107-114; Gutiérrez de Santa Clara, *Quinquenarios*, vol. III, pp. 92-101 y 133-143; Calvete de Estrella, *Rebelión*, vol. IV, pp. 276-278 y 282-285; Fernández de Oviedo, *Historia natural*, pp. 276-285; y Vega, *Historia general del ejército peruano*, vol. II, pp. 146-149.

de Santa Clara—; asimismo, compró caballos y comenzó a adiestrarlos en la guerra. También reclamó la ayuda y la fidelidad de todos aquellos que tenían cargos en el Perú. Más tarde, tras su huida de Lima, ordenó la fabricación de arcabuces y picas en Quito y recogió todas las armas que pudo. Sin embargo, Núñez Vela se rearmó sobre todo en Popayán, donde —según el testimonio de Alonso de Montemayor, citado por Fernández de Oviedo— en tres meses el virrey consiguió fabricar 180 arcabuces merced a dos buenos artesanos que tenía del oficio, quienes también produjeron petos, barbotes y celadas. Pero otras fuentes, como Cieza de León, aseguran que el virrey salió de Popayán hacia Quito con doscientos infantes y 110 lanceros; entre los primeros, «arcabuceros iban ciento, mal aderezados por la poca y mala munición de pólvora que llevaban». Diego Fernández también reconoce la falta de pólvora entre las escasas tropas —330 hombres señala— del virrey.<sup>39</sup>

Uno de los problemas más acuciantes de Diego Centeno, por ejemplo, fue la escasez de armas —en un momento dado, solamente contaba con dieciocho arcabuces, y apenas sin pólvora y munición, y dos ballestas—. A su falta de arcabuces se añadía la de picas, pues no había tenido tiempo de mandar fabricarlas. Por ello, a decir de Diego Fernández, «de los bohíos de los indios habían sacado varas largas y hecho dellas algunas lanzas y veinte picas [...], y ataron dagas a las puntas de las picas». En cambio, su oponente, Francisco de Carvajal, como explica Gutiérrez de Santa Clara, llevaba consigo un gran contingente de indios cargados con «mucha pólvora, mecha, lanzas, picas y otras armas ofensivas y defensivas», las cuales fueron repartidas entre sus hombres mientras se herraban las cabalgaduras y se aderezaban las sillas. Tras doblegar tanto a Diego Centeno como a Lope de Mendoza, Carvajal, en Charcas, mandó hacer «muchos arcabuces, lanzas, picas y mucha pólvora y mecha, en que había día que se hacían y forjaban dos arcabuces con todos sus aderezos, porque había muy buenos herreros y maestros del oficio de la carpintería» (de acuerdo

<sup>39</sup> Cieza de León, *Obras completas*, vol. III, pp. 373-495; Fernández, *Historia del Perú*, vol. I, pp. 44-83; Gutiérrez de Santa Clara, *Quinquenarios*, vol. I, pp. 250-288; vol. II, pp. 293-422; y vol. III, pp. 73-96.

con Gutiérrez de Santa Clara).<sup>40</sup> Juan de Silveira, enviado de Gonzalo Pizarro a Arequipa, le explicaba a este último, a fines de 1546, que en la ciudad se refugiaban muchos hombres de Centeno —otro vecino, Diego Ramírez, aseguraba que eran unos cien y que por poco dinero se podrían sustentar (es decir, comprar su lealtad)—. Silveira dio cuartel a los mencionados hombres con ánimo de que cambiasen de bando, al tiempo que recogía todas las armas posibles, sobre todo arcabuces, para enviarlas a Lima, al igual que a «un maestro de arcabuces» que se encontraba en la villa y un artillero a quien se buscaba desde hacía un tiempo. Fueron tantas las armas sustraídas que en abril de 1547 era el cabildo de Arequipa el que demandaba a Gonzalo Pizarro permiso para fabricar arcabuces y otras armas para su defensa.<sup>41</sup>

Luego de describir el número de combatientes que participaron en las batallas entre los conquistadores, así como las armas que se usaron en las mismas, debemos pasar a analizar las tácticas de combate desplegadas en los enfrentamientos. En la batalla de las Salinas hubo, de entrada, discrepancias iniciales en el bando almagrista acerca de cómo ordenar a sus hombres. El capitán Vasco de Guevara porfió en argumentar sobre la necesidad de desplegar las tropas en forma de escuadrón clásico, cubriendo ambas alas con la caballería, en la zona más apta del llano; tras disparar la artillería, él mismo, con cincuenta lanceros, se arrojaría contra los arcabuceros de Hernando Pizarro, a quienes consideraba la principal fuerza del enemigo. Pero Rodrigo Orgóñez, jefe de las tropas en ausencia de Diego de Almagro (que estaba enfermo), decidió mantener separado el escuadrón de infantes —situándolo en una loma— de sus fuerzas de caballería. Hernando Pizarro desplegó sus tropas de la siguiente

<sup>40</sup> Al respecto, ver Lockhart, James. *El mundo hispanoperuano, 1532-1560*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 134; Fernández, *Historia del Perú*, vol. I, pp. 93-97 y 117-114; y Gutiérrez de Santa Clara, *Quinquenarios*, vol. III, pp. 92-101 y 133-143.

<sup>41</sup> Ver las siguientes cartas escritas a Gonzalo Pizarro: de Juan de Silveira, Arequipa, 20 de noviembre y 13 de diciembre de 1546; de Diego Ramírez, 4 de enero de 1547; y del cabildo de Arequipa, 13 de abril de 1547. En Pérez de Tudela, Juan (ed.). *Documentos relativos a don Pedro de la Gasca y a Gonzalo Pizarro*. Madrid: Real Academia de la Historia, 1964, vol. I, pp. 502-506, 512-513 y 532.

manera (aunque las descripciones de los cronistas son un tanto farragosas): los piqueros formaron en escuadrón cuadrado clásico, protegidos sus flancos por cuatro mangas de arcabuceros, además de dos escuadrones de caballería de cien efectivos cada uno en cada ala del escuadrón. Asimismo, Hernando Pizarro confió a los capitanes Pedro de Castro y Pedro de Vergara sendas agrupaciones —parece que de veinte efectivos cada una— de arcabuceros escogidos. La artillería, compuesta por doce piezas (Almagro tenía seis), se situó al otro lado del campo. Cuando los trozos de caballería de Pizarro y Alonso de Alvarado hubiesen cruzado el río que separaba a los bandos enemigos, aquellos deberían unirse en un solo cuerpo.

Mientras los indios auxiliares de uno y otro bando iniciaban la lucha, con ventaja de los almagristas por su número, las dos mangas de arcabuceros escogidos de Hernando Pizarro pasaron el río y comenzaron a castigar a la infantería y caballería almagristas, dando lugar a que, bajo su cobertura, el escuadrón de infantería pizarrista avanzase. Entonces entró en juego la artillería almagrista, y «una pelota [...] llevó cinco soldados de una hilera», lo que atemorizó a los pizarristas —según el Inca Garcilaso—, pero la acción inmediata de Gonzalo Pizarro y el maestre de campo Pedro de Valdivia, futuro conquistador de Chile, que se pusieron adelante para dar ánimo, consiguió controlar la situación.

De acuerdo con el mencionado cronista, Gonzalo Pizarro ordenó a sus arcabuceros que disparasen con balas de alambre a las picas de los almagristas para deshacérselas, pues de esa forma su caballería se enfrentaría al escuadrón enemigo con alguna ventaja. Tras dos descargas, rompieron más de cincuenta picas. Garcilaso se extiende en la explicación de cómo eran estas balas de alambre: el proyectil se dividía en dos mitades unidas por un hilo de hierro, que se había fundido con cada una de esas dos partes; luego, «para echarlos con el arcabuz, los juntan, como si fuera pelota entera, y al salir del arcabuz se apartan, y con el hilo de hierro que llevan en medio cortan quanto por delante topan». También aseguraba que no quisieron dispararles a los piqueros, pues su misión era demostrarles el poder de sus arcabuces. Garcilaso aseveraba que aquellos arcabuces, más modernos que los que portaban los hombres

de Almagro, y el ingenio de las balas de alambre los había llevado de Flandes el capitán Pedro de Vergara.

Entretanto, viendo el almagrista Rodrigo Orgóñez que hasta cincuenta caballos pizarristas habían pasado ya el río, amén de parte de su infantería, encabezó el ataque de su caballería, mientras los piqueros de una y otra parte se encontraban. Pero la arcabucería pizarrista hacía mucho daño, de modo que —según Cieza— el alférez general de los almagristas, Francisco Hurtado, se pasó a los pizarristas con el estandarte, mientras que muchos de caballería volvían riendas hacia la ciudad y algunos de infantería se escondían tras las tapias de unas construcciones arruinadas que había por allí cerca. Tanto la caballería como la infantería del bando pizarrista, viendo posibilidades de victoria, no cesaron en presionar a las tropas almagristas, que perdieron muy pronto el orden. La batalla degeneró en encuentros personales, en duelos caballerescos con lanzas jinetas, como el habido entre Pedro de Lerma y Hernando Pizarro; y en otros de ellos, Rodrigo Orgóñez, lanza en ristre, mató a dos contrarios, y con su estoque comenzó a atacar a sus enemigos hasta que un perdigón,<sup>42</sup> que le dio en la cabeza, lo dejó malherido. Fue decapitado inmediatamente.<sup>43</sup> Poco después, acababa la batalla con la victoria pizarrista.

También en Chupas acabó venciendo este último bando, aunque el encuentro fue reñido. Los almagristas situaron su artillería, compuesta por dieciséis piezas (según Vaca de Castro, «seis medias culebrinas de diez

<sup>42</sup> Antes de morir, Francisco Sánchez, sargento mayor de Gonzalo Pizarro, le aconsejó a este que «los arcabuceros, después de haber cargado con la pelota y pólvora los arcabuces, echasen en cada uno tres o cuatro pares de perdigones porque no errasen el tiro». Todo indica que Orgóñez fue herido de aquella manera (Cieza de León, *Obras completas*, vol. III, p. 401).

<sup>43</sup> Cieza de León, *Obras completas*, vol. I, pp. 96-113; Inca Garcilaso, *Historia general*, t. II, pp. 74-78; Herrera, *Historia general*, pp. 110-127; Anónimo. *Relación del sitio del Cuzco y principio de las guerras civiles del Perú hasta la muerte de Diego de Almagro, 1535 a 1539*. En *Varias relaciones del Perú y Chile; y conquista de la isla de Santa Catalina, 1535 a 1568*. Madrid, 1879, pp. 138-169; Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, p. 491; Vega, *Historia general del ejército peruano*, vol. II, pp. 93-107; Enríquez de Guzmán, Alonso. *Libro de la vida y costumbres de Alonso Enríquez de Guzmán*. Edición de H. Keniston. Madrid: Atlas, 1960, pp. 176-177; Fernández de Oviedo, *Historia natural*, pp. 194-197; y García, *La découverte*, pp. 574-587.

a doze pies de largo, que echaban de batería casi una naranja, e otros seys tiros medianos, todos de fruslera y otros pequeños»), a su conveniencia y dividieron la caballería en dos trozos, mientras la infantería formó en escuadrón más atrás de donde se situó la artillería. Por su parte, el capitán Martín Cote encabezó a los arcabuceros escogidos, «habiendo sacado los necesarios para frente del escuadrón e para los lados», es decir, las mangas que cuidaban los flancos del escuadrón de piqueros.<sup>44</sup> Con respecto a los caballeros, habría que decir que la lanza jineta había sido transformada en lanza en ristre. El Inca Garcilaso lo explica con detalle:

En todas las guerras civiles que los españoles tuvieron, hazían unas bolsas de cuero asidas a unos correones fuertes, que colgaban del arzón delantero de la silla y del pescueço del caballo, y ponían el cuentro de la lança en la bolsa y la metían debaxo del braço, como si fuera de ristre. Desta manera hubo bravísimos encuentros en las batallas que en el Perú se dieron entre españoles: porque el golpe era con toda la pujança del cavallo y el cavallero.<sup>45</sup>

Tras el choque inicial, el caballero sacaba la lanza —si es que no se había partido— de la bolsa y la utilizaba como lanza jineta. Ni qué decir tiene que contra los indios solo se usaba esta última.

Una vez comprobado que los almagristas aceptaban la batalla y que reconociera la disposición ventajosa de su artillería en el campo, Vaca de Castro corrigió sobre el terreno la disposición de sus tropas de infantería, habiendo formado, como era habitual, dos escuadrones de caballería. Los capitanes Pedro de Vergara y Juan Vélez de Guevara dirigían la infantería, mientras que el capitán Nuño de Castro estaba al frente de los arcabuceros escogidos, los cuales, a modo de mangas sueltas, iniciarían la escaramuza y se reintroducirían en el escuadrón más tarde.

La batalla de Chupas se inició en la tarde del sábado 16 de septiembre de 1542 con salvas de arcabuces de una y otra parte. Álvarez Holguín inició el ataque de la caballería realista, pero al poco recibió dos arcabuzazos y cayó muerto. La gran baza de los almagristas en esta batalla

<sup>44</sup> Carta de Vaca de Castro a Carlos I, Cuzco, 24 de noviembre de 1542. En *Cartas de Indias*, vol. II, pp. 473-483.

<sup>45</sup> Inca Garcilaso, *Historia general*, pp. 75-76.

era su artillería. De hecho, esta dispararía en numerosas ocasiones, pero solo un disparo impactó en los escuadrones realistas, «el cual hizo harto daño, e algunas cabezas destroncó de los cuerpos, e quebró a otros brazos e piernas; los demás, o fueron por alto, según dicen, o por estar el artillería en ruin sitio no acertó», nos explica Cieza de León. Según el Inca Garcilaso, Pedro de Candía traicionó a Almagro el Mozo disparando su artillería por encima de las cabezas de sus enemigos; percatándose de la circunstancia, Almagro mató a Candía a lanzazos sobre las propias piezas, y montándose en una de ellas hacia la boca de la misma, con el peso de su cuerpo logró que su mira apuntase más bajo. El consiguiente disparo, descrito antes por Cieza de León, se llevó por delante a diecisiete hombres del escuadrón de Vaca de Castro, en el que abrió una gran brecha de vanguardia a retaguardia. Siguiendo con la versión de Garcilaso, este asegura que Candía se había puesto de acuerdo con Vaca de Castro en que la artillería dispararía alto y por tal razón el licenciado decidió iniciar el combate, aunque todo indica que las tropas realistas estaban mejor desplegadas en el campo de batalla. Cieza manifiesta que —de acuerdo con otros testimonios, como el de Agustín de Zárate— Candía fue muerto por soldados de Vaca de Castro. De hecho, estos últimos habrían matado a todos los artilleros. Por lo tanto, una acción decidida de la infantería realista habría anulado la artillería almagrista.

Luego del disparo de la artillería almagrista, el sargento mayor realista Francisco de Carvajal, al ver el daño producido en su escuadrón por aquel ataque, se puso al frente de la brecha con otros capitanes y, espada en mano, obligaron a sus infantes a cerrar el boquete, como hicieron Valdivia y Gonzalo Pizarro en las Salinas. Y para impedir que les disparasen nuevamente con tanto daño, ordenaron arremeter a sus hombres, dejando desamparada a su débil artillería (compuesta por cuatro falconetes), que no les era entonces de provecho por su posición en el campo. Comprendido por los almagristas este último movimiento, sin pensar en nada más, sus capitanes de infantería ordenaron avanzar a los suyos, quienes se pusieron delante de su artillería, impidiéndole a esta la posibilidad de continuar masacrando a los enemigos, en el caso de que, efectivamente, quedase algún artillero vivo. Según el Inca Garcilaso, el

sargento mayor Pedro Suárez, desesperado porque toda su estrategia se venía abajo y veía perdida la batalla, se pasó al bando de Vaca de Castro. Cuando la infantería realista, caladas las picas, se acercó a la posición de su par almagrista, fue recibida por una descarga de sus arcabuces, que causó muchas bajas, pero la infantería realista no fue derrotada, ya que superaba en más de cien efectivos a la almagrista.

Viendo la situación en la que se encontraba la batalla, y una vez tomada la artillería almagrista, el sargento mayor Carvajal alentó a la caballería realista a que atacase, confiando en su calidad. Se trabó entonces una dura lucha entre los caballeros. El ala derecha realista, donde peleaba Alonso de Alvarado, se enfrentó a un número superior de enemigos, necesitando la ayuda de la infantería de Pedro de Vergara para recuperarse. Según Pedro Pizarro, en varias ocasiones unos y otros dejaron de pelear para «tomar aliento de nuevo»; dicho cronista asegura también que los pizarristas procuraban matarles los caballos a sus enemigos en vista de que estos últimos iban muy bien armados. Las tropas de Almagro el Mozo, quien había llegado a pensar que la victoria era suya y a gritar que se prendiese al enemigo y no se le matase, fueron aflojando a causa de su inferioridad numérica, y la victoria terminó decantándose del lado realista.<sup>46</sup>

En Añaquito, frente a un escuadrón realista clásico, pero con muy pocos hombres, pues quizá solo había 180 infantes, Gonzalo Pizarro respondió con un escuadrón principal de su infantería cuadrado perfecto, con cuatrocientos hombres, de los cuales 220 eran arcabuceros y el resto, piqueros. A la derecha situó un trozo de doscientos efectivos de caballería y a la izquierda, otro de 160, que solo debería actuar en caso necesario, manteniéndose como reserva principal. Una vez desplegados los hombres, de los arcabuceros del escuadrón principal Pizarro mandó sacar dos mangas de tiradores escogidos, cada una de sesenta efectivos,

<sup>46</sup> Cieza de León, *Obras completas*, vol. II, pp. 256-268; Herrera, *Historia general*, pp. 74-80, 81-83 y 134-139; Inca Garcilaso, *Historia general*, pp. 99-105; Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, pp. 502-507; Pizarro, *Relación del descubrimiento*, pp. 228-232; Vega, *Historia general del ejército peruano*, vol. II, pp. 119-134; y carta de Juan de Cáceres a Carlos I, marzo de 1543, Archivo General de Indias (en adelante AGI), Patronato, 192, N. 1, R. 31.

que colocó al lado de cada uno de los trozos de caballería. Además, según Gutiérrez de Santa Clara, «se pusieron ciertos piqueros y arcabuceros enfrente de los dos escuadrones de la caballería del tirano [Gonzalo Pizarro], que estaban casi juntos, para que arremetiendo la caballería del visorrey hallasen primero aquel estorbo con peligro de las personas y vidas de sus caballeros y soldados». Por último, cuarenta hombres a caballo y algunos arcabuceros cuidaban de la persona de Pizarro.<sup>47</sup>

Como en las batallas de las Salinas y Chupas, la de Ñaquito comenzó con escaramuzas entre los respectivos arcabuceros escogidos, que parecían medir las potencias de fuego y calidades de las armas portadas. Los escuadrones fueron avanzando en busca uno del otro, por lo que las mangas de arcabuceros escogidos hubieron de introducirse en sus banderas dentro del escuadrón. Pero al avanzar demasiado deprisa el escuadrón realista, sus tiradores no pudieron apuntar bien, de manera que la mayoría de sus disparos pasaban por encima de las cabezas de las tropas de Pizarro, las cuales estaban situadas, además, en una hoya. En cambio, los arcabuceros de este, mejor entrenados, «tiraban a pie quedo», es decir, sin perder la formación, causando estragos entre las filas enemigas. Para Gutiérrez de Santa Clara, esta fue una de las claves de la derrota realista. Con todo, los hombres del virrey continuaron avanzando hasta trabarse la pelea entre ambos escuadrones. Los oficiales realistas Francisco Hernández Girón, que peleaba con un montante, y Francisco Sánchez Dávila, que lo hacía con una partesana, lograron introducir su gente hasta la tercera fila de piqueros contrarios, pero a un precio terrible, cobrado por los arcabuceros pizarristas. El virrey, en vista del daño que sufría su infantería, contestó enviando su caballería, compuesta por 140 hombres, a la pelea. Estos últimos arremetieron en tropel, sin orden. En su avance atolondrado, a causa del terreno «acanalado y angosto» (según Diego Fernández), primero fueron severamente castigados por una manga de arcabuceros situados a un lado de su avance, y luego por los piqueros que cuidaban el trozo de caballería pizarrista. Entonces, Gonzalo Pizarro dio orden al capitán de caballos Benito Suárez de Carvajal de atacar al enemigo.

<sup>47</sup> Gutiérrez de Santa Clara, *Quinquenarios*, vol. III, pp. 22-38.

Los hombres de Suárez eran mucho menos, pero con monturas descansadas. Tras romper sus lanzas, se acometieron con espadas, hachas y porras, cayendo muchos de ambos bandos, momento en el que Pizarro lanzó contra la caballería del virrey el resto de la suya, acabándola de desbaratar. Tanto Núñez Vela como el propio Pizarro pelearon reciamente, derribando varios contrincantes. Según Cieza de León, los oficiales de la caballería del virrey, en concreto los capitanes Diego Vázquez de Cepeda y García de Bazán, así como el alférez general Ahumada, desampararon a los suyos y huyeron de la batalla. Tras derrotar a la caballería realista, la de Pizarro atacó la infantería de Núñez Vela, que desde el inicio de la batalla se estaba batiendo con la más numerosa de los pizarristas. Los capitanes realistas comenzaron a caer, y el propio virrey, quien llevaba encima de sus armas «una camiseta de yndio» (de acuerdo con el Inca Garcilaso), no fue reconocido a causa de dicha circunstancia por Hernando de Torres, un soldado de Arequipa, quien le asestó a dos manos con un hacha de combate un duro golpe en la cabeza. El virrey, quien iba torcido en su silla tras su combate con Alonso de Montalvo, a quien derrotó, cayó en tierra aturdido. Es posible que al caer Núñez Vela, parte de su infantería optase por intentar huir si no estaban heridos. El Inca Garcilaso asegura que el virrey se vistió de aquella forma para no ser hecho prisionero de ninguna manera, pues con aquellas ropas parecía un combatiente más y no tan señalado. Para Gutiérrez de Santa Clara, todos los hombres del virrey vestían de aquella forma para poder distinguirse del contrario. Los soldados de Pizarro portaban una banda roja. Sea como fuere, a Núñez Vela, herido en el suelo, le cortaron la cabeza. Poco después, la batalla terminaba.<sup>48</sup>

Un tercer punto a resaltar es el número de bajas producidas tanto por el uso de las armas de fuego, sobre todo, como por las tácticas de combate empleadas, pero también a causa de la sistemática represión y la crueldad.

<sup>48</sup> Cieza de León, *Obras completas*, vol. III, pp. 495-501; Inca Garcilaso, *Historia general*, pp. 147-150; Herrera, *Historia general*, pp. 1-6; Fernández, *Historia del Perú*, vol. I, pp. 84-87; Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, pp. 537-540; Gutiérrez de Santa Clara, *Quinquenarios*, vol. III, pp. 22-38; Calvete de Estrella, *Rebelión de Pizarro*, vol. IV, pp. 278-281; y Fernández de Oviedo, *Historia natural*, pp. 276-279.

Según Cieza de León, en las Salinas, del campo pizarrista hubo diez muertos y del lado almagrista, 120. Para el anónimo autor de la *Relación del sitio del Cuzco*, hubo quince muertos del lado pizarrista y cincuenta del almagrista. Enríquez de Guzmán también nos da sus cifras: murieron doscientos almagristas entre la batalla y el alcance dado por los pizarristas hasta el Cuzco, y a quienes no mataron «les dieron cuchilladas por las caras». También comenta sobre esto último Fernández de Oviedo, quien cifra en doscientos el número de heridos.<sup>49</sup>

La batalla de Chupas, que duró entre hora y media y cuatro horas según los cronistas, fue una auténtica carnicería, aunque el baile de cifras es palmario. Según Cieza de León, a quien sigue fielmente Antonio de Herrera, murieron 240 hombres de una y otra parte. Zárate habla de trescientos muertos entre ambos bandos. El contador Juan de Cáceres también dio por buena esta última cifra, y agregó cuarenta ajusticiados posteriormente. Las heridas de arma de fuego fueron terribles: varios soldados perdieron brazos y manos. El propio Vaca de Castro evaluó en cuarenta los muertos del bando realista, «e todos de arcabuzes, que ninguno murió de lança ni espada», es decir, murieron a causa de aquella nueva peste de la guerra, que mataba a distancia, pero en los combates cuerpo a cuerpo los suyos prevalecieron. También lamentaba el destrozo causado por la artillería enemiga en su escuadrón de infantes, si bien acusó de ello al capitán Álvarez Holguín, quien no atacó con su caballería la vanguardia contraria con el ímpetu y en el momento que él había señalado, dejando desamparados a sus infantes.<sup>50</sup>

<sup>49</sup> Cieza de León, *Obras completas*, vol. I, pp. 96-113; Inca Garcilaso, *Historia general*, pp. 74-78; Herrera, *Historia general*, pp. 110-127; Anónimo, *Relación del sitio del Cuzco*, pp. 138-169; Lavallé, Bernard. *Francisco Pizarro. Biografía de una conquista*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos, 2005, pp. 202-205; Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, p. 491; Vega, *Historia general del ejército peruano*, vol. II, pp. 93-107; Enríquez de Guzmán, *Libro de la vida y costumbres*, pp. 176-177; Fernández de Oviedo, *Historia natural*, pp. 194-197; y García, *La découverte*, pp. 574-587.

<sup>50</sup> Carta de Vaca de Castro a Carlos I, Cuzco, 24 de noviembre de 1542. En *Cartas de Indias*, vol. II, pp. 473-483; Cieza de León, *Obras completas*, vol. II, pp. 256-268; Herrera, *Historia general*, pp. 74-80, 81-83 y 134-139; Inca Garcilaso, *Historia general*, pp. 99-105; Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, pp. 502-507;

En Añaquito, en cuanto al número de bajas, además de la notoria del propio virrey Núñez Vela, de nuevo el baile de cifras aportadas por las diversas fuentes evita un consenso aceptable. Del lado realista, asegura Cieza de León, hubo menos de cincuenta muertos en el campo de batalla, pero otros setenta una vez rendidos; Pizarro perdería veinte hombres. Para Agustín de Zárate, el virrey tuvo doscientos muertos y Pizarro solo siete. Según Gutiérrez de Santa Clara, quien exagera, el virrey tuvo más de trescientos muertos, lo que significaría que el noventa por ciento del campo realista cayó en el enfrentamiento. Del lado pizarrista murieron diecisiete soldados, entre ellos el capitán Pedro Cermeño y Juan de Bustillo, secretario de Gonzalo Pizarro. Fernández de Oviedo se decanta por las siguientes cifras: del lado realista hubo cuarenta o cincuenta muertos en batalla y otros ochenta ya rendidos. De la parte pizarrista cayeron veinticinco o treinta, habiendo muchos heridos de uno y otro lado.<sup>51</sup>

#### FRANCISCO DE CARVAJAL Y LA BATALLA DE HUARINA (1547)

Tras la ejecución del virrey Núñez Vela en el campo de batalla de Añaquito (enero de 1546), el rebelde Gonzalo Pizarro, a quien muchos querían ver ya proclamado rey del Perú,<sup>52</sup> hubo de enfrentarse a la reacción de Carlos I, que consistió en el envío de Pedro de la Gasca, un hombre de experiencia. Al poco de su llegada a tierras americanas —alcanzó Santa

Borregán, Alonso de. *Crónica de la conquista del Perú*. Edición de Rafael Loredó. Sevilla, 1948, p. 58; y carta de Juan de Cáceres a Carlos I, marzo de 1543, AGI, Patronato, 192, N. 1, R. 31.

<sup>51</sup> Cieza de León, *Obras completas*, vol. III, pp. 495-501; Inca Garcilaso, *Historia general*, pp. 147-150; Herrera, *Historia general*, pp. 1-6; Fernández, *Historia del Perú*, vol. I, pp. 84-87; Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, pp. 537-540; Gutiérrez de Santa Clara, *Quinquenarios*, vol. III, pp. 22-38; Borregán, *Crónica*, p. 67; y Fernández de Oviedo, *Historia natural y general*, pp. 276-279.

<sup>52</sup> Guillermo Lohmann asegura que entre marzo y abril de 1547 culminó la andadura de Gonzalo Pizarro en pos de la dignidad real, ilusión que perseguía «por motivos de prestigio personal y como recurso para consolidar el régimen» (*Las ideas jurídico-políticas en la rebelión de Gonzalo Pizarro*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 1977, pp. 80 y ss.).

Marta el 15 de julio de 1546, donde fue informado de la muerte del virrey—, el presidente La Gasca tuvo como objetivo contactar con los hombres de Gonzalo Pizarro en Tierra Firme. Desde allí, consiguió muy pronto el apoyo del gobernador de Nombre de Dios, Hernán Mejía, quien se puso a su disposición, y más tarde el de Pedro de Hinojosa, gobernador de Panamá. Contando ahora con la armada de Pizarro, que radicaba en esta última ciudad, y el apoyo de sus capitanes, La Gasca pudo concentrarse en demandar refuerzo de tropas, bastimentos y pertrechos de guerra al virrey Antonio de Mendoza, así como a las gobernaciones de Santo Domingo y Guatemala y a las de Nueva Granada. Pero sería, sin duda, el ofrecimiento del perdón general y la revocación de las Leyes Nuevas los elementos que movilizarían los ánimos contra los intereses del rebelde Pizarro. Como explica José de la Puente:

Para poder alcanzar la victoria, [La] Gasca se apartó del espíritu de las Leyes Nuevas, ya en parte derogadas, e integró sus ejércitos con encomenderos que iban abrazando la causa real y con otros soldados que a su vez esperaban con sus servicios obtener repartimientos tras la victoria del Pacificador. Con indudable pragmatismo, La Gasca procuró armonizar en lo posible durante toda su gestión los intereses de los encomenderos con el afán de la Corona por ir afianzando su autoridad.<sup>53</sup>

En muy poco tiempo, y merced a la defección de la causa pizarrista de capitanes como Juan de Saavedra, Juan Porcel, Alonso de Mercadillo y Gómez de Alvarado, La Gasca consiguió controlar el norte del Perú y disponer de unos setecientos hombres. Gonzalo Pizarro también se movilizó para la guerra: tras gastar medio millón de pesos, en abril de 1547 aquel aseguraba poder congregar dos mil hombres (una falsa esperanza), además de disponer de 1500 picas y setecientos arcabuces en depósito —es decir, sin contar con el armamento que ya portaban sus hombres—, 250 coseletes «que se hicieron en el Cuzco y Xauxa, y mil quinientas celadas y coseletes de España, y arneses habrá hasta ciento,

<sup>53</sup> Cit. en Merluzzi, Manfredi. «Mediación política, redes clientelares y pacificación del reino en el Perú del siglo XVI. Observaciones a partir de los papeles “Pizarro-La Gasca”». *Revista de Indias*. LXVI/236 (2006), p. 98.

y hay dentro de esta ciudad [Lima] mil caballos para toda afrenta, sin gran número de yeguas, mulas e acémilas». También se encargaba la fabricación de pólvora y arcabuces en todas partes, así como el rearme de todos sus partidarios fuera de Lima. Por ejemplo, Alonso de Hinojosa, desde el Cuzco, escribía que «los vecinos todos tienen buenas armas, y el que no las tuviere, antes le haré que no tenga indios que esté sin armas».<sup>54</sup> Incluso Pedro de Balboa, a decir de Diego de Silva, maestro orfebre al servicio de Pizarro, se interesó por la posibilidad de la fabricación de cubiertas para los caballos, porque «con cincuenta hombres de armas con caballos encubertados sería posible desbaratar un escuadrón de doscientos de caballo, y para la infantería es cosa muy necesaria, porque, como sobresalientes, aunque el escuadrón fuese de quinientos hombres, acometiéndolos por un costado, los debaratarían». También aseguraba De Silva que no fabricaría espaldares a juego con sus petos, «porque los servidores de vuestra señoría no hemos de huir jamás». Lo que sí fabricó fueron quijotes (la pieza del arnés del caballero que le cubría el muslo), coseletes y barbotes. Usó cobre e incluso plata en su trabajo.<sup>55</sup>

La noticia de la llegada de La Gasca y sus promesas permitió a Diego Centeno, en muy poco tiempo, no solo tomar el Cuzco, sino disponer de unos cuatrocientos hombres, la mayoría antiguos pizarristas, que subieron a setecientos tras la defección de Alonso de Mendoza, quien con trescientos dominaba Charcas en nombre de Gonzalo Pizarro. Ante tales noticias y la constante huida de hombres, Pizarro se decidió por abandonar Lima con todas sus fuerzas y dirigirse a la reconquista del sur del territorio, donde cabía controlar las minas de plata de Charcas.

<sup>54</sup> Ver las siguientes cartas escritas por Gonzalo Pizarro: a Francisco de Carvajal, Quito, 12 de febrero de 1546; a Manuel de Estacio, Lima, 18 de abril de 1547; a Sebastián de Belalcázar, Lima, 18 de abril de 1547; y a Alonso de Mercadillo, Lima, 18 de abril de 1547. También consultar las siguientes misivas escritas a Gonzalo Pizarro: de Pedro de Puelles, Quito, 28 de noviembre de 1546; y de Andrés de Hinojosa, Cuzco, 13 de diciembre de 1546. Todos los textos pueden encontrarse en Pérez de Tudela (ed.), *Documentos*, vol. I, pp. 80-82, 84-88, 97-98, 281-284 y 291-292.

<sup>55</sup> Ver las cartas de Diego de Silva a Gonzalo Pizarro del 16 y 18 de diciembre de 1546, así como del 16 de enero, 18 y 28 de febrero, 12 y 29 de abril y 4 de mayo de 1547. En Pérez de Tudela (ed.), *Documentos*, vol. I, pp. 313-320.

En el camino, las defecciones masivas continuaron; unas veces arcabuceros, que dejaban atrás sus armas para que no los persiguiesen, otras veces efectivos de caballería, en pocas jornadas Pizarro vio reducido su contingente inicial —seiscientos hombres— a la mitad. Francisco de Carvajal, como hombre práctico, recogía todas las armas, por si más adelante se les pasaban algunos soldados, y ejecutaba a los huidos atrapados. No obstante, a decir de Juan Gutiérrez, Carvajal no ahorcaba ni «la mitad ni el tercio de los que había de ahorcar [...], que no ahorca nadie sin razón, y aún que es menos cruel de lo que dicen».<sup>56</sup>

Mientras tanto, Lorenzo de Aldana —antiguo procurador de Gonzalo Pizarro que cambió de bando encontrándose en Panamá— entró en Lima el 9 de septiembre de 1547. Por su parte, el presidente La Gasca había viajado con unos quinientos soldados desde Panamá y había entrado en el Perú por Tumbes. Pronto alcanzó Trujillo. Desde aquí, remitió nuevas misivas a todo el mundo reclamando su apoyo y el envío de todas las fuerzas posibles a Cajamarca. Cuando supo la nueva de la toma de Lima por Aldana, La Gasca se dirigió a Jauja, donde estuvo el tiempo necesario buscando mantenimiento para su gente y fabricando armas. Allí reunió un ejército de mil hombres, sin contar los que guardaban las ciudades del reino. Antonio de Herrera señala que para entonces, los tres años de revuelta de Gonzalo Pizarro le habían costado la vida a quinientos hombres en batallas y encuentros menores, habiendo sido ejecutados otros 240 (ahorcados y degollados), incluyendo muchos vecinos cuyas haciendas habían quedado en poder de Pizarro. Herrera añade que la crueldad fue apoderándose de todos conforme la guerra se eternizaba, llegando a ejecutarse a los hombres «a estocadas y lançadas». Cualquiera podía delatar a otra persona y ejecutarla. Dichas prácticas se dieron en los dos bandos.<sup>57</sup>

Gonzalo Pizarro, tras la llegada de refuerzos al mando de Juan de Acosta, logró concentrar en Arequipa apenas medio centenar de hombres.

<sup>56</sup> Carta de Juan Gutiérrez a Gonzalo Pizarro, Potosí, 2 de marzo de 1547. En Pérez de Tudela (ed.), *Documentos*, vol. I, pp. 255-257.

<sup>57</sup> Herrera, *Historia general*, pp. 6-14, 37-50 y 59-87.

La idea de Pizarro siempre fue conseguir entrar en Charcas y hacerse fuerte en aquel territorio, e incluso ir más allá, o bien emplearse en la conquista de Chile esperando el perdón real. Pero para ello había que derrotar antes a Diego Centeno.<sup>58</sup>

Conocedor de aquellos detalles, Centeno no rehusó la batalla. Según los autores que cita el Inca Garcilaso —Agustín de Zárate, López de Gómara y el Palentino—, las tropas de Centeno se situarían entre los poco más de novecientos y los 1212 hombres. El propio Garcilaso apuesta por 1200, de los cuales 260 eran de caballería, 150 arcabuceros y casi ochocientos piqueros. Fernández de Oviedo nos da las siguientes cifras: 160 arcabuceros, 250 de caballería y seiscientos piqueros; 1010 hombres en total. Antonio de Herrera se decanta por la existencia de doscientos de caballería, 150 arcabuceros —pero mal provistos de pólvora— y hasta novecientos piqueros. Un dato importante: no tenían artillería. La diferencia entre el número de piqueros y arcabuceros era muy notable; por ello, el escuadrón de piqueros, con algunos arcabuceros, llevaba unas mangas de estos en los flancos un tanto débiles. Los capitanes de infantería eran Juan de Vargas, Francisco de Retamoso, Francisco Negral, el capitán Pantoja, Juan de Silvera y Diego López de Zúñiga. Ellos, con sus alféreces a la izquierda, se situaron veinte pasos por delante de la primera fila del escuadrón. Les seguían veinte hileras de la gente más lucida y, tras ellas, las banderas de las compañías. Por fin, el resto de la infantería se desplegaba a sus espaldas. A la derecha del escuadrón de infantería situó Centeno tres compañías de caballería, con un total de 160 efectivos, dirigidas por los capitanes Pedro de los Ríos, Antonio de Ulloa y Diego Álvarez, portaestandarte, quienes se enfrentarían al ala izquierda de la infantería pizarrista. Centeno, por hallarse enfermo, no se situó con estas tropas, y observó la batalla desde unas andas. A la izquierda de su infantería, aquel colocó otro trozo de caballería con 97 efectivos

<sup>58</sup> Cieza de León, *Obras completas*, vol. III, pp. 507-508 y 557-564; Inca Garcilaso, *Historia general*, pp. 159-179; Fernández, *Historia del Perú*, vol. I, caps. 173-214; Gutiérrez de Santa Clara, *Quinquenarios*, vol. IV, pp. 365-412; y Calvete de Estrella, *Rebelión de Pizarro*, vol. IV, pp. 356-396.

al mando de los capitanes Alonso de Mendoza y Jerónimo de Villegas. Con ellos iba el maestro de campo Luis de Ribera, siendo el sargento mayor Luis García de San Mamés.

Frente a ellos formaron las tropas de Gonzalo Pizarro, merced a la pericia de su maestro de campo Francisco de Carvajal. En el lugar más llano que este encontró, mandó formar a sus sesenta piqueros, 250 arcabuceros —320 señala Diego Fernández— y 85 efectivos de caballería, lo que hacía un total de 395 hombres, es decir, tres veces menos efectivos que Centeno. Son casi las cifras que consignó algunos años más tarde el dominico Reginaldo de Lizárraga: cuatrocientos hombres Pizarro, 1200 Centeno. Solo Calvete de Estrella, feroz antipizarrista, eleva los soldados del primero a «quinientos hombres de guerra muy bien armados», mientras que reduce las tropas de Centeno a «más de ochocientos hombres». Para Antonio de Herrera, además de ochenta caballos de calidad, Pizarro tenía en sus arcabuceros la columna vertebral de sus tropas. Eran estos 280 «diestros, muy disciplinados y proveídos de buena pólvora»; los demás eran piqueros, en número de 127. Esto hacía un total de 487 soldados. Como señala el Inca Garcilaso, «los autores aumentan la gente de Piçarro y disminuyen la contraria por no dar tanta gloria a Francisco de Carvajal». Para Gutiérrez de Santa Clara, Pizarro contaba con ochenta efectivos de caballería, un centenar de piqueros y poco más de doscientos arcabuceros. Del maestro de campo de Pizarro, aseveró lo siguiente Antonio de Herrera: «hombre astuto, diestro en las guerras de Italia, de ingenio pronto y vivaz, de maravilloso juicio, y en todas sus cosas diligentísimo». Siendo Carvajal consciente de su superioridad en arcabuceros, como decíamos, buscó un lugar llano, sin impedimentos, para que pudiese evolucionar con facilidad su pequeño escuadrón de apenas trescientos hombres. Quiso que fuera cuadrado de gente, si bien en las jornadas previas hubo alguna discusión al respecto.<sup>59</sup> Como capitanes de arcabuceros actuaron

<sup>59</sup> Gutiérrez de Santa Clara asegura que en los días previos a la batalla, los soldados de Pizarro discutieron sobre diversos tipos de escuadrón, buscando el más adecuado para enfrentarse a fuerzas superiores: unos dijeron que se hiciese «triangulado, porque la anchura del un triángulo, estando de frente del enemigo, pareciese más gente de la que era.

Diego Guillén, Juan de la Torre, Juan de Acosta y el propio Carvajal. Hernando Bachicao era el capitán de los piqueros. Como capitanes de caballería sirvieron Gonzalo Pizarro, el licenciado Diego Vázquez de Cepeda y el bachiller Juan Vélez de Guevara. Este contingente de caballería se situó a la derecha del escuadrón de infantería, pero cincuenta pasos atrás. Para protegerlos de una carga de la caballería de Centeno, Carvajal situó delante de sus caballeros diez piqueros y doce arcabuceros. Mientras Pizarro llevaba armas muy lucidas, Carvajal iba armado con cota, coracina y celada borgoñona barnizada de negro, como un hombre de caballería, pero con un atuendo pobre; «quiso ir desconocido», señala el Inca Garcilaso. Viendo Carvajal a sus hombres un tanto desmayados —la noche anterior había caído un aguacero y habían estado en vela por la cercanía del contrario—, decidió, como era temprano, que se les diese un refrigerio a base de bizcochos, roscos de azúcar, alfajores, algunas conservas y vino, si bien impidió a los capitanes que bebiesen, «y con esto se calentaron y cobraron más ánimo de lo que tenían».

Las tropas de Gonzalo Pizarro comenzaron a marchar al son de chirimías y trompetas, mientras un tambor, Pedro de Retamales, cantaba canciones obscenas para animar a los suyos, hasta que Carvajal ordenó el alto a unos seiscientos pasos de las tropas de Centeno. Este último mandó a sus hombres que avanzasen cien pasos y luego parasen. Carvajal hizo salir a cuarenta de sus arcabuceros para que escaramuceasen con los realistas (unos treinta) con el objeto de incitarlos a acortar el espacio entre ambos, pero no lo consiguió; mientras tanto, el mismo Carvajal colocó dos mangas de cuarenta arcabuceros cada una en los cuernos del escuadrón de piqueros. Al comprobar que con la escaramuza ordenada el ejército de Centeno no se movía, el maestre de campo de Pizarro mandó a los suyos avanzar diez pasos muy lentamente para incitar

Otros dixeron que se hiciese el escuadrón a manera de una galera, y los remos della serían los arcabuceros. Y otros dixeron que se hiciese como la luna cuando está menguante, o creciente, para que los arcabuceros pudiesen más fácilmente tirar a los delanteros y por los lados de los contrarios» (*Quinquenarios*, vol. IV, pp. 3-5).

al enemigo a moverse; no lo logró en primera instancia, por lo que disparó cuatro de sus arcabuces intentando la excitación del contrario.

Entonces, los hombres de Centeno, confiados en su número y sin escuchar la recomendación del capitán Cristóbal de Hervás, quien señaló que debían esperar a las tropas de Pizarro a pie quedo, decidieron unos calar picas y comenzaron a avanzar, mientras los demás iban disparando sus arcabuces; no obstante, al hallarse demasiado lejos, sus disparos carecían de peligro. Además, el escuadrón de piqueros «fue marchando tan recio que a algunos se les caían las picas e iban tropezando y cayendo». Carvajal sí mantuvo a sus arcabuceros sin moverse, aun cuando los de Centeno soltaron una segunda descarga, y solo cuando el contrario estuvo a apenas cien pasos, dio la orden de disparar a los suyos. Según Diego Fernández, Carvajal había colocado a sus arcabuceros de suerte que, en parejas, uno cargase mientras el otro disparaba. Con la primera descarga, abatió a 150 hombres de Centeno, incluyendo dos capitanes. Uno de ellos, Retamoso, aún herido en el suelo, intentó detener a sus hombres, pero tras la segunda descarga, el escuadrón se deshizo y sus integrantes comenzaron a huir. Los soldados de Carvajal pudieron hacer dos descargas muy seguidas porque, si bien eran 250 efectivos, hubo quienes llevaban tres y hasta cuatro arcabuces, todos ellos bien preparados y aderezados los días previos a la batalla; era el armamento que habían dejado atrás los huidos del bando pizarrista al salir de Lima y que, astutamente, Carvajal había ido recogiendo. También recomendó a los suyos que disparasen del vientre hacia abajo, porque una herida de arcabuz en las piernas impedía al soldado contrario mantenerse en pie y seguir combatiendo; en cambio, una herida no mortal en brazos y torso no aseguraba que el enemigo no pudiese continuar luchando. Gutiérrez de Santa Clara, en cambio, asegura en su crónica que Carvajal recomendaba apuntar así para asegurar el disparo, pues el arcabucero, si apuntaba al pecho, solía enviar la bala por encima de la cabeza del contrario. También se dispararon pelotas de alambre para destrozar las picas.

Con las descargas de los arcabuces de Carvajal también cayeron diez o doce soldados del trozo de caballería de Alonso de Mendoza y Jerónimo

de Villegas, quienes luego de aquellos disparos se lanzaron al ataque contra el trozo de caballería de Gonzalo Pizarro. Como los arcabuceros de este último no pudieron pararlos al rebasar su posición, la caballería de Centeno (la cual iba detrás de las de Mendoza y Villegas), que llevaba un trote largo desde sus posiciones, atropelló el trozo de los pizarristas, que no se había movido confiando en sus arcabuceros, y no dejó más de diez hombres montados. El propio Pizarro acabó por los suelos; Garcilaso de la Vega le cedió su caballo y aquel comenzó a huir en busca del refugio de su infantería, siendo perseguido por tres caballeros realistas. Pizarro, con un hacha corta, se defendía, lanzándole sus enemigos estocadas a sus costados, pero como iba bien protegido, no consiguieron herirle. El escuadrón de picas se abrió para recibir a Pizarro, e inmediatamente después se dispusieron a frenar a sus perseguidores: Gonzalo Silvestre pudo escapar, quedando su caballo herido. En cambio, Miguel de Vergara, con el ímpetu de la carrera, se introdujo tres o cuatro hileras adentro del escuadrón de picas y quedó destrozado con su montura. Francisco de Ulloa, al no poder frenar su cabalgadura, se acercó tanto que un arcabucero pizarrista le puso su arma de fuego a la altura del riñón y le disparó a quemarropa; la bala —la pelota, como se decía en la época— le atravesó el cuerpo. Al ver a Pizarro salvado entre los suyos, la caballería realista se revolvió contra la superviviente de sus enemigos y casi la aniquiló. En ese momento, cuando aún quedaban algunos pizarristas a caballo peleando entremezclados con los hombres de Centeno, Carvajal dio la orden a sus arcabuceros de disparar a bulto, pues se trataba de acabar con la caballería realista. No hubo piedad a lo largo de la batalla. Al capitán pizarrista Pedro de Fuentes un contrario le dio tal golpe con una macana india a dos manos encima de su celada que lo dejó muerto al instante, con la cabeza destrozada dentro del yelmo. El encuentro entre caballerías fue tan duro que de los 182 caballos participantes, asegura el Inca Garcilaso, después de la batalla su padre contó 107 muertos. A los caballeros heridos que estaban caídos «les alzaban las cotas [y] les daban mortales heridas y de estocadas con las espadas» —igual como hiciese la infantería de Carlos VIII con los caballeros italianos en la batalla de Fornovo (1495)—. Viendo su caballería derrotada, Hernando Bachicao,

capitán de los piqueros pizarristas, y Pedro Alonso Carrasco, alférez mayor de a caballo, cambiaron de bando.

Entonces, el trozo de la caballería de Centeno liderado por Pedro de los Ríos y Antonio de Ulloa atacó el escuadrón de infantería pizarrista a lo largo de su lado izquierdo y su retaguardia, intentando rodearlo, pero recibió tales descargas por todas partes que, además de matar a De los Ríos y otros muchos —ochenta hombres, asegura Gutiérrez de Santa Clara—, le obligó a retroceder y, más tarde, huir; dicho escuadrón de piqueros y arcabuceros estuvo muy entero y sin desordenarse en ningún momento. Según el Inca Garcilaso, el capitán Bachicao volvió a cambiar de bando al conocer la derrota de la caballería realista. Después del encuentro, sería ejecutado por Francisco de Carvajal. Huarina fue una de las batallas en las que más claramente se pudo resaltar el valor de la pólvora y las armas de fuego en contra de los principios de la cada vez más obsoleta caballería. Como señaló Gutiérrez de Santa Clara, «ciertamente en las batallas no se conoce el valor y esfuerzo de los magnánimos caballeros por amor de la artillería y arcabucería, porque el más baxo y vil hombre acontece matar a un excelente varón, y está muy bien dicho lo que suelen decir: que la pestilencia del esfuerzo es la maldita pólvora y la artillería».<sup>60</sup>

Una de las claves de la batalla, una vez que había muerto o estaba herida la tercera parte de la infantería de Centeno, fue que otra proporción similar de sus infantes se dedicó a saquear el bagaje de los pizarristas. Carvajal los dejó hacer, de momento, porque de aquella manera la caballería realista se quedaba sin apoyo, como así fue. Una vez derrotada esta última, tras recibir nuevas descargas de la arcabucería pizarrista, muy bien defendida por sus piqueros, los supervivientes huyeron y apenas si quedaron sesenta infantes realistas en el campo, quienes llegaron a terciar sus picas para defenderse, aunque fueron muertos casi todos. Así terminó el enfrentamiento.

<sup>60</sup> No en vano Gutiérrez de Santa Clara cita la obra del doctor Juan López de Palacios Rubios, *Tratado del esfuerzo bellico heroyco* (Salamanca, 1524), en sus *Quinquenarios* (vol. IV, pp. 119-121).

Huarina fue la batalla más sangrienta de las libradas hasta aquel momento. Del lado pizarrista murieron menos de cien hombres: unos quince de infantería y el resto, de la caballería, que fue casi exterminada. Del lado realista, cayeron unos 350 hombres —entre ellos todos los oficiales de infantería (siete) y algunos de caballería (como Pedro de los Ríos y el alférez general Diego Álvarez)— y fueron heridos un número similar, de los cuales murieron a posteriori más de 150 por falta de médicos, medicinas y la frialdad de la tierra, según el Inca Garcilaso. Gutiérrez de Santa Clara da por buena la cifra de 387 realistas muertos en la batalla. Alonso de Borregán redondea en cuatrocientos, al igual que Reginaldo de Lizárraga. Además, casi todos los cronistas coinciden en señalar una matanza a sangre fría de realistas heridos: el maestre de campo Carvajal iría señalando a dos esclavos africanos a quiénes matar —hasta un centenar— con unas enormes porras que portaban, asegura Diego Fernández «el Palentino», porras que en el relato de Calvete de Estrella se han transformado en machetes. Fernández de Oviedo comenta cómo se ejecutó a sangre fría a cincuenta realistas, los cuales fueron muertos «a cuchillo». En el caso de Antonio de Herrera —y en el de Gutiérrez de Santa Clara—, son treinta los ajusticiados, incluyendo un clérigo, Cristóbal Jiménez, hermano del obispo del Cuzco. Pedro de Hervás, encontrado malherido, fue muerto a puñaladas por los soldados de Pizarro. Todo ello es negado por el Inca Garcilaso —cuyo padre luchó del lado pizarrista, no lo olvidemos—, quien asegura que Carvajal trató bien a los heridos, entre los cuales había ocho caballeros, asegurando medicinas y dineros a todos ellos, como si se tratasen de soldados pizarristas. El motivo era obvio: necesitaba reclutar todas las tropas que pudiera de Diego Centeno para reflotar su campo. Tenían armas y dinero, procedente este último de las minas de Charcas y del botín tomado en el campo de Centeno, «pues duró el saco hasta que fue muy de noche, que muchos quedaron bien ricos». Para el Inca Garcilaso, gran admirador de la pericia militar de Carvajal, este mató sin duda más de cien personas en la batalla, pero «los mató su buen arte militar», porque las crueldades solo las «usaba con sus enemigos declarados y con los que él llamaba texedores», es decir, los soldados que cambiaban de bando.

Huarina fue también el gran triunfo táctico de la arcabucería pizarrista. Gonzalo Pizarro era plenamente consciente de ello: «Y digo que metan mucho la mano en lo de los arcabuces», le aconsejaba a Francisco de Carvajal en carta de octubre de 1546, aunque, en realidad, no hacía falta recordárselo. Francisco Bernaldo de Quirós, huido a Nueva España desde San Miguel de Piura, reconocía que si bien el pizarrismo tenía un techo de unos 450 hombres, sin contar sus efectivos en el mar, lo cierto es que «la gente de tierra anda bien armada; su fuerza es el arcabucería, porque creo tienen [entre] ochocientos y mil arcabuces y municiones para ellos. Todas las veces que quiere hace a su gente arcabuceros, porque todos los saben tratar». <sup>61</sup> Para algunos testigos citados por Calvete de Estrella, la culpa de la derrota realista estuvo, en primer lugar, en la impaciencia de Centeno por aceptar la batalla, fiando de su superioridad, pues de haber esperado un poco, muchos hombres de Gonzalo Pizarro hubiesen cambiado de bando; y en segundo lugar, en la falta de coordinación entre la caballería y la infantería realistas, no cubriendo la primera el avance de la segunda, sino atacando a su albur. <sup>62</sup> Una muestra, en realidad, de falta de pericia militar.

## CONCLUSIONES

Por primera vez en territorio americano, los europeos hubieron de organizar auténticos ejércitos, aunque fuese a pequeña escala, para enfrentarse entre sí. Lo más irónico del caso es que el esfuerzo empleado en la empresa fue más considerable que las iniciativas iniciales de conquista de —sin ir más lejos— el propio Perú. Se constituyeron, pues, unos ejércitos a los que se suministraron armas, municiones y otros pertrechos en una

<sup>61</sup> Cit. en Pérez de Tudela, Juan. «Observaciones generales sobre las guerras civiles del Perú». En *Crónicas del Perú*. Madrid: Atlas, 1963, pp. XLIX y LVIII.

<sup>62</sup> Herrera, *Historia general*, pp. 88-92; Inca Garcilaso, *Historia general*, pp. 179-188; Fernández, *Historia del Perú*, vol. I, pp. 214-217; Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, pp. 563-565; Gutiérrez de Santa Clara, *Quinquenarios*, vol. IV, pp. 3-23; Borregán, *Crónica*, p. 72; Calvete de Estrella, *Rebelión de Pizarro*, vol. IV, pp. 397-403; Fernández de Oviedo, *Historia natural*, pp. 287-303; y Lizárraga, Reginaldo de. *Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*. Edición de Ignacio Ballesteros. Madrid: Historia 16, 1987, p. 195.

escala desconocida hasta entonces en las Indias. Los tesoros hallados lo sufragarían todo. El número de caballos utilizados en las operaciones dobló y triplicó al empleado —como decíamos— en las entradas iniciales que se hacían en los diversos territorios. Así, las guerras entre hispanos se iban a caracterizar por una extraordinaria movilidad, con una caballería empleada como caballería ligera para poder operar en un teatro de operaciones muy vasto, pero la cual, llegado el caso, se podía transformar en caballería pesada, al tiempo que, en los choques, se iba a combatir, incluso, siguiendo los parámetros de los enfrentamientos de tiempos pasados en el Viejo Continente: una lucha entre caballeros. Por ello, y a diferencia de los encuentros habidos con los indios, los cronistas apenas hacen referencia al uso de la ballesta en estas pugnas, mientras que, a todas luces, el arcabuz acabó por transformarse en el alma de la victoria en decisivos choques, como estaba ocurriendo en las guerras de Italia desde las campañas del gran capitán Fernández de Córdoba. De hecho, en el Perú comenzaron a verse arcabuceros a caballo, es decir, un precedente obvio de los dragones, con los que se buscaba unir movilidad y potencia de fuego. El empleo de la pica también fue muy importante, en función lógicamente de la amplia utilización de la caballería y de la infantería ordenada en escuadrón.

No obstante, la clave del éxito, bajo nuestro punto de vista, siguió siendo la misma que presidía las victorias en Europa: adiestramiento, disciplina y armamento. Es decir, un uso hábil del escuadrón combinando arcabuceros y piqueros, mientras que la caballería se enfrentaba con su par enemiga y, llegado el caso, terminaba por desarbolar el escuadrón contrario y perseguir a los huidos. Otra cuestión es que —como se ha apuntado antes— en determinados momentos hubiese comportamientos bélicos de honda raigambre medieval, como la búsqueda del contrario en el campo de batalla para luchar cuerpo a cuerpo, o bien enfrentarse a la arcabucería con un montante en las manos. Y siguiendo esta línea, un detalle: en general, los cronistas tratan relativamente poco sobre la artillería. ¿Falta de información o menosprecio? En la batalla de Huarina, parece que no la hubo. La ausencia de animales de tiro, como por todos es conocido, fue suplida ampliamente con el uso de indios cargadores,

cuyas mujeres, como recuerda siempre un escandalizado Cieza de León, servían también a la tropa hispana, pero de otra manera. No obstante, como no podía ser de otra forma, no se permitió al indio combatir al lado del hispano como un igual. Otra cuestión es que luchase contra el indígena auxiliar del bando contrario. Además, una de las características de estos conflictos fue la crueldad. En las guerras civiles del Perú estuvieron a la orden del día las ejecuciones de los líderes contrarios, pero también la incorporación de sus tropas a las propias una vez derrotadas. La falta de fidelidad, la traición en suma, era inmediatamente castigada con nuevas ejecuciones. La espiral de violencia fue terrible.

En las guerras civiles del Perú, la evidencia de la traición y la contra- traición, el vaivén entre un bando y otro desde la ruptura inicial entre pizarristas y almagristas, los conflictos de intereses y de fidelidades, era algo asumido por todos, de manera que influyó a la hora de reclutar nuevos ejércitos y plantear, en suma, la guerra. El terror y las ventajas económicas ofrecidas se mostraron como los principales argumentos a la hora de la recluta. Sin embargo, la huida hacia adelante como única solución posible acabó por hacer perder parte de las tropas de cualquiera de los bandos en liza en un momento u otro. La búsqueda de la batalla podía ser la solución tanto del que disponía de más tropas pero temía perderlas por el camino, como del que contaba con menos efectivos pero estaba más seguro de su fidelidad. A menudo, los encuentros se libraron por confiar una de las partes en que las tropas del contrario causarían traición. Y así fue en algunos casos. La posesión de armamento suficiente y de oficiales de calidad también influyó en algunos resultados, como en Huarina. En dicha batalla, pocos, pero bien adiestrados y equipados con armas de fuego, derrotaron a un contingente muy superior en número. Dicha enseñanza, gestada en buena medida en la propia Europa en las guerras de Italia, no parece que regresara al Viejo Continente. Allá, a decir de Geoffrey Parker, se redescubrieron viejas tácticas leyendo los clásicos de la Antigüedad. Nosotros, hoy en día, podemos también redescubrir otras leyendo a los cronistas de Indias.

---